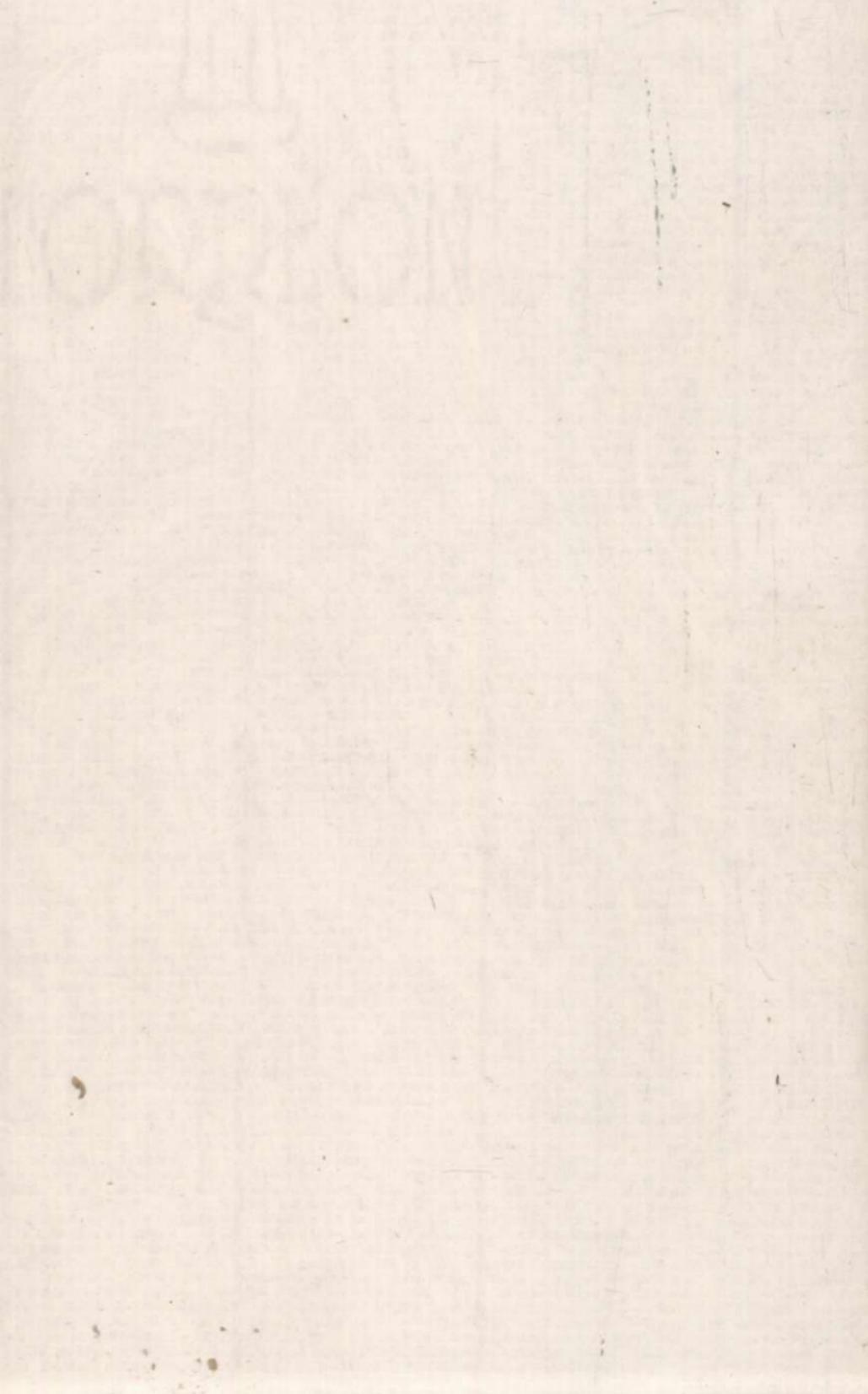


N
9











ORTIZ

LA

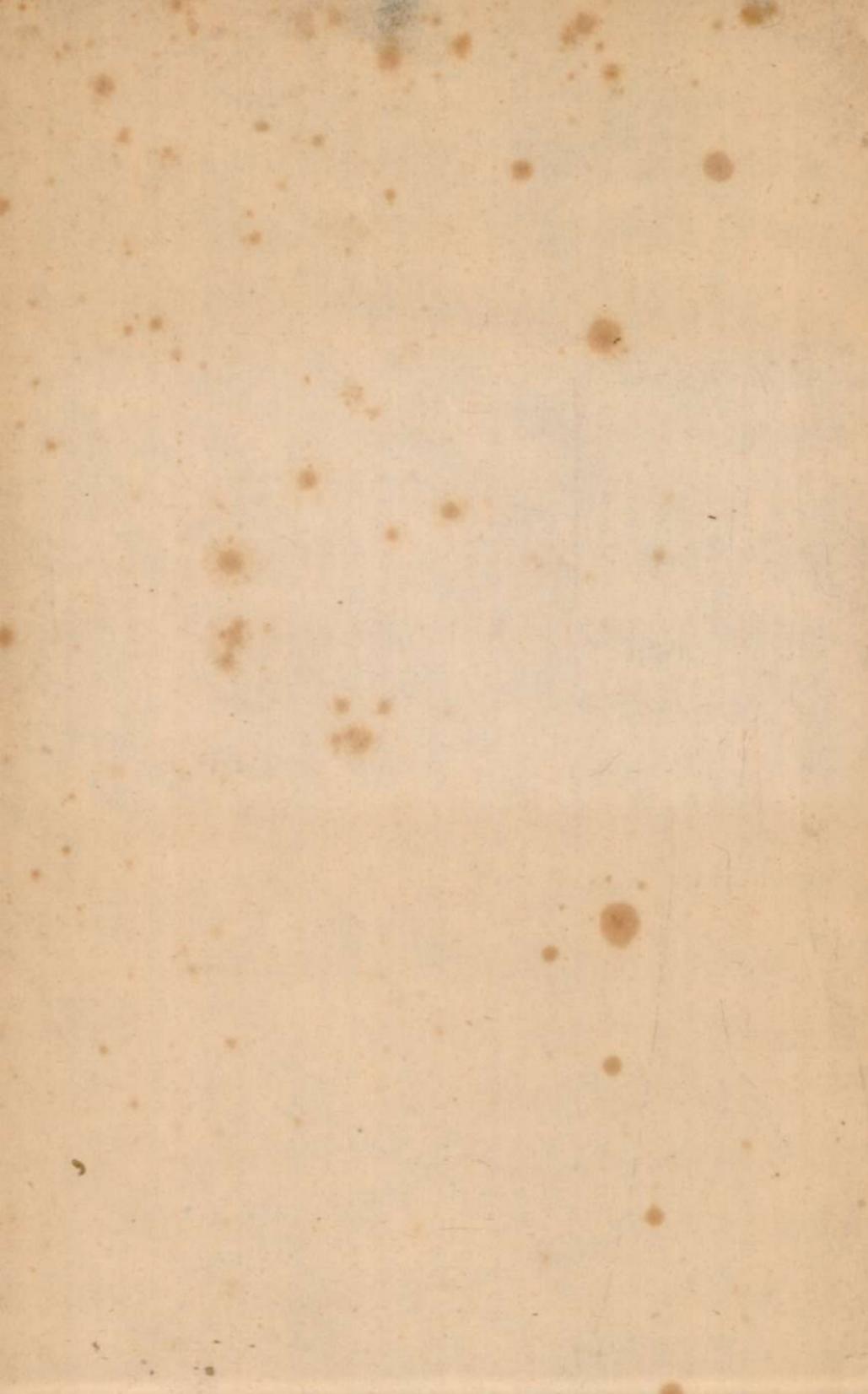
MAJÀ DE GOYA

EPISODIO DRAMÁTICO

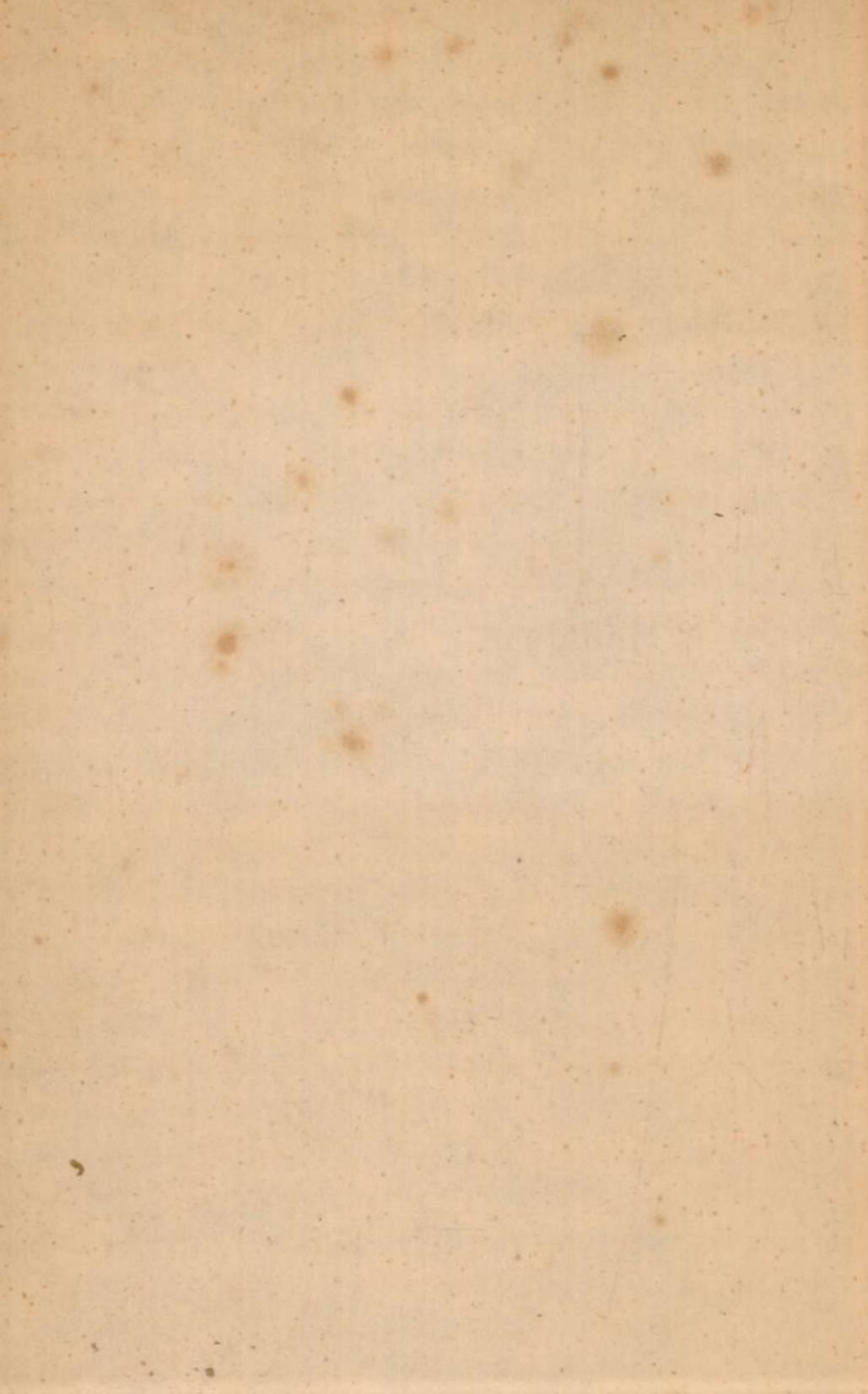
EN TRES ACTOS Y EN VERSO







LA MAJA DE GOYA



R. 43974



FRANCISCO VILLAESPESA

1

AN

689

LA
MAJA DE GOYA

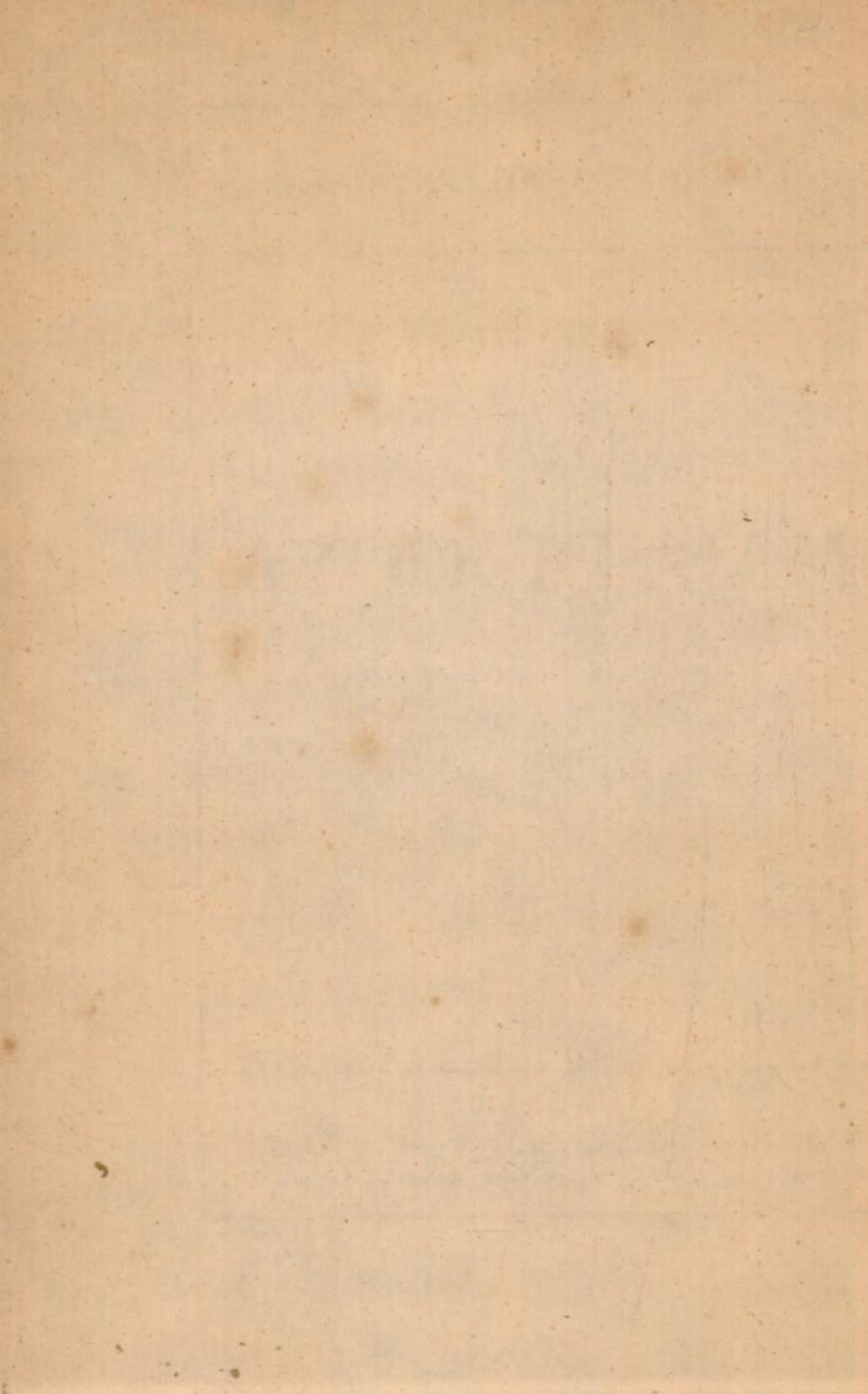
DRAMA EN TRES ACTOS



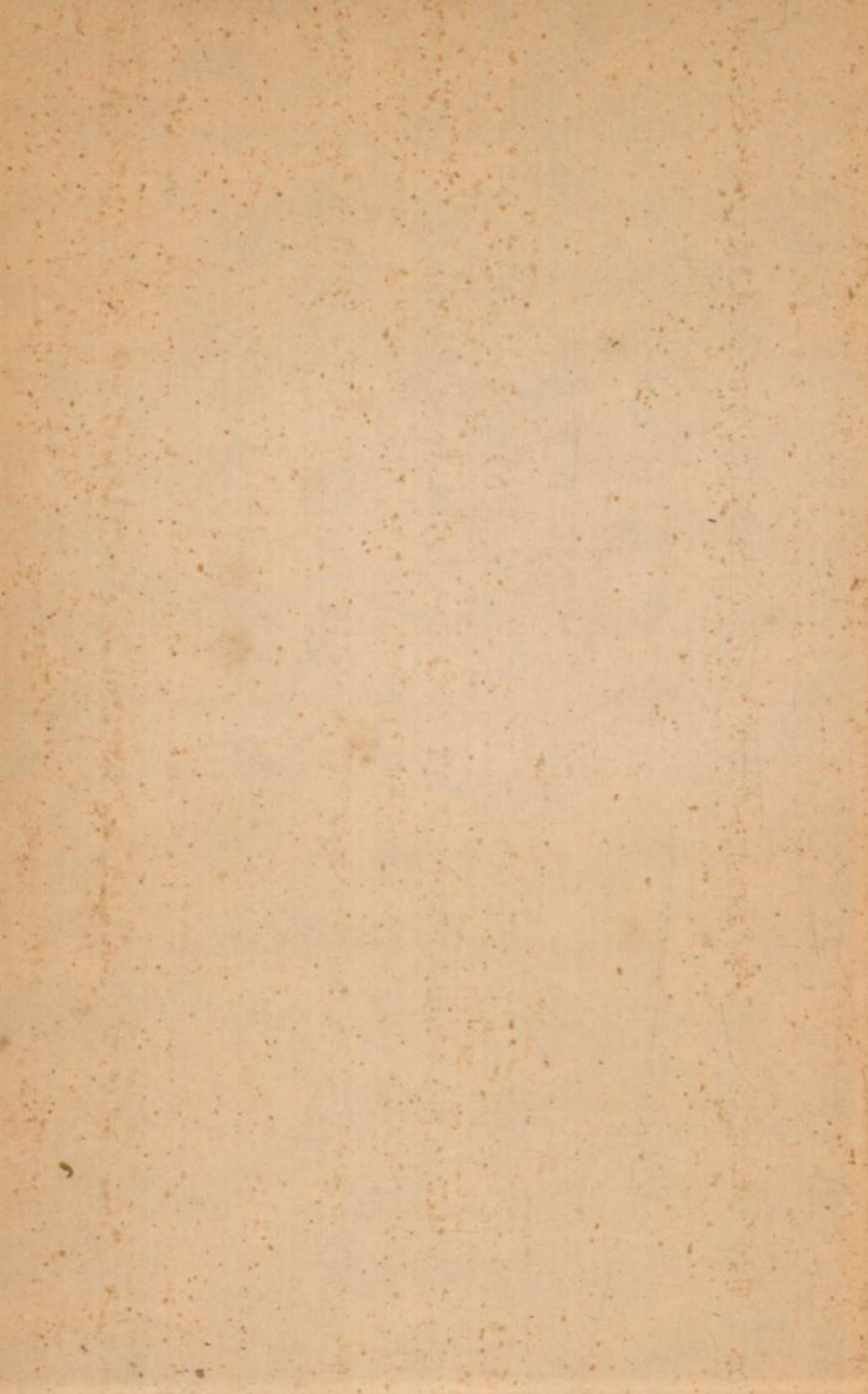
MADRID

V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES

CASA CENTRAL: MONTERA, 31.—TALLERES: RONDA DE ATOCHA, 23.



ES PROPIEDAD



A la Srta. Pepita Pavía.

LA MAJA DE GOYA

SEGUIDILLAS

Letra de F. Villaespesa.

Música de Angel Barrios.

El Rey de los ga-

f y bien ritmado)

This system contains the first two measures of the piece. It features a vocal line in treble clef with a key signature of one sharp (F#) and a 3/8 time signature. The piano accompaniment is in grand staff (treble and bass clefs) with the same key signature and time signature. The lyrics 'El Rey de los ga-' are written above the vocal line, and '*f* y bien ritmado)' is written below the piano part.

ra-dos di cen que quiere di cen que

f

This system contains the next two measures. The vocal line continues with the lyrics 'ra-dos di cen que quiere di cen que'. The piano part includes a dynamic marking of '*f*' (forte) at the beginning of the second measure.

quiere

p

This system contains the final two measures. The vocal line concludes with the word 'quiere'. The piano part includes a dynamic marking of '*p*' (piano) at the beginning of the second measure.

Comptarnos la co-ro-na de maestros

Re-yés

Se-ro no

sa ben que si nos falta el o - ro no so bra

f

sangre

ff

ff

f

First system of musical notation, featuring treble and bass staves. The key signature is one sharp (F#) and the time signature is 3/4. The music includes various note values and rests, with dynamic markings such as *f* (forte) and *ff* (fortissimo).

Second system of musical notation, continuing the piece. It features treble and bass staves with complex rhythmic patterns and dynamic markings like *f* and *ff*.

Third system of musical notation, marked *vivo* (vivo). It features treble and bass staves with a prominent upward melodic line in the treble and dynamic markings like *f* and *ff*.

Fourth system of musical notation, concluding the piece. It features treble and bass staves with dense chordal textures and dynamic markings like *f* and *ff*.

PERSONAJES

LA MAJA

CARMEN COBEÑA

BENITA PASTRANA

CONCHITA RUIZ

MANUELA MALASAÑA

CARMEN CUEVAS

DOÑA JOSEFINA

BLANCA JIMÉNEZ

UNA MAJA

ELISA PÉREZ

DON FRANCISCO DE GOYA

LEOVIGILDO RUIZ TATAY

PEDRO ROMERO

ALFONSO MUÑOZ

DON JACINTO RUIZ DE MENDOZA

RAFAEL COBEÑA

DON MANUEL RUIZ DE VILLANUEVA

JOSÉ CALLE

DON MIGUEL DE ALARCON

JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN

JUAN MALASAÑA

JOSÉ TRESCOLI

CAPITAN MONCEY

FEDERICO GONZÁLVEZ

CAPITAN LAFEVRE

FEDERICO GONZÁLVEZ

ANTONIO MOSQUERA

JOSÉ GONZÁLEZ MARÍN

DOCTOR GALINDEZ

ANDRÉS BABÉ BOTANA

COSME MORA

ANDRÉS BABÉ BOTANA

MAURICIO FOURNIER

JUAN SANTACRUZ

JOSE LEBLANC

ENRIQUE CANTALAPIEDRA

OFICIAL FRANCES

MATÍAS ORTEGA

UN CENTINELA

ANTONIO MARTÍN ROBLES

UN MOZO

JOSÉ CISNEROS

Majas, chisperos, soldados españoles y soldados franceses.

La acción, en Madrid. Mayo de 1808.

ACTO PRIMERO

San Antonio de la Florida, en un bello y claro atardecer de Primavera. Al fondo, la blanca fachada de la Ermita que reedificó Fontana e inmortalizó Goya, recortándose nítidamente entre el verdor profuso de las frondas y la serenidad azul del cielo. A la izquierda, en primer término, una botillería, con emparrado a la puerta. Bajo el emparrado, mesas y sillas rústicas. A la derecha, en el centro de una verja de hierro labrado, tapizada de madreselvas y campanillas, un gran arco de piedra del más puro estilo de Carlos III, que sirve de entrada a los jardines reales.

ESCENA PRIMERA

Benita Pastrana, Manuela Malasaña, Antonio Mosquera, Cosme Mora y algunas majas y majos, bebiendo y cantando bajo el emparrado, a compás de una guitarra que respuntea uno de ellos. Pedro Romero, que aparece por la puerta de la botillería, y un mozo viejo, que sirve el vino en grandes jarros de Talavera.

MOSQUERA

¡Venga vino y a cantar!...

MOZO

Con sorna, cuadrándose
ante los majos.

Mas, ¿quién afloja el dinero?

PEDRO ROMERO

Adelantándose.

¡Nadie se mueva a pagar
donde está Pedro Romero!

Todos le cercan, saludán-
dole con júbilo.

COSME MORA

¡No existe en España entera
un torero más valiente!...

MANUELA MALASAÑA

¡Si una corona tuviera,
para ceñirla a tu frente,
me arrancaba la coronal...

PEDRO ROMERO

Arrojando al mozo, sobre
una mesa, un bolsillo de seda
verde sujeto por un ceñidor
de oro.

¡Venga otra ronda!... Y en tanto
que quede una pelucona,
corra el vino y siga el canto;

que el vino sabe mejor
y más y más nos agrada,
cuando se apura al amor
de una copla bien cantada,

contemplando el picaresco
vaivén con que las manolas
van bordando el arabesco
de las danzas españolas!...

Todos vuelven a sentarse.
Pedro Romero, de horcaja-
das en una silla, en el primer



término. El mozo sirve otra ronda. Cosme Mora respuntea una seguidilla que bailan Manuela Malasaña y otra maja.

BENITA PASTRANA

Cantando.

El rey de los gabachos
dicen que quiere
comprarnos la corona
de nuestros reyes...

¡Pero no sabe,
que aunque nos falta el oro,
nos sobra sangre!...

Todos la jalean.

MOSQUERA

¡Olé, por lo bien cantado!...

COSME MORA

¡Viva tu madre, criatura!...

MOSQUERA

¿Qué querubín te ha enseñado
a cantar con tal dulzura?

PEDRO ROMERO

Acercándose a Benita.

¡Oyéndote, no me atrevo
ni siquiera a respirar!...
¡Con otro nuevo cantar
perfuma el aire de nuevo,

pues parece, hermosa flor,
cuando tu voz de oro canta,

que tienes un ruiseñor
gorjeando en la garganta!

BENITA PASTRANA

Ruborosa.

¡Pues volvamos a empezar!...
¡Cantaré, por que no quiero
de nuevo hacerme rogar
por tan famoso torero!...

Vuelve de nuevo la música
y el baile.

BENITA PASTRANA

Cantando.

A Bayona de Francia
se fué Fernando,

a ver a *Buenaparte*,
nuestro aliado...
¡Leones y águilas,
nunca en el mundo han hecho
buena alia -al...

PEDRO ROMERO

A Benita.

¡Danza tú también, chiquilla,
que quiero ver cómo vuelas
bailando esta seguidilla
al son de las castañuelas!...

Benita Pastrana toma
unas castañuelas y baila con
Manuela Malasaña, a com-
pás de la guitarra y de las
palmas de los majos.

ESCENA II

Dichos y el tío Juan Malasaña, que penetra por el segundo término de la izquierda.

MALASAÑA

Con indignación, encarándose con los majos.

¡Muchachos, basta de danza!...
Llegó la hora... ¡Afilad
las navajas, y tomad
de los franceses venganza!...

Todos se levantan y le rodean.

PEDRO ROMERO

Mas, ¿qué ocurre?...

MALASAÑA

¿No sabéis

lo que en Francia están fraguando?...
Mientras el tiempo perdéis
aquí, bebiendo y bailando

en jolgorios y en verbenas,
remachan en tierra extraña
los hierros de las cadenas
que han de esclavizar a España!...

¡Madrid ruge de furor,
porque se está susurrando
que a nuestro Rey don Fernando,
encerró el Emperador,

con traidora felonía
por quitarle la corona,
en la torre más sombría
del castillo de Bayona!...

Movimiento de profunda
indignación en el grupo.

MOSQUERA

¡Nuestras armas vengarán
tal ultraje, Malasaña,
y a buscarle a Francia irán
todos los majos de España!

MANUELA MALASAÑA

¡A nuestro Rey sacaremos
en triunfo de su prisión,
y en su lugar, meteremos
al propio Napoleón!...

MALASAÑA

Mas hay noticias peores
que las que habéis escuchado...

Todos vuelven a cercarlo
con ansiedad.

Dicen que existen traidores
en la Junta, y que han tratado,

haciendo la vista extraña
a su sangre y a su ley,
de vender también a España
como vendieron al Rey!...

Aumenta la indignación
de los majos.

MANUELA MALASAÑA

A los majos.

¿Vuestra sangre no se altera?...
¡Majos, a palacio id,
y arrastrad la Junta entera
por las calles de Madrid!...

PEDRO ROMERO

Interrumpiendo la indignación general, con voz grave y serena.

Crédito a hablillas no demos
de la inquietud popular,
y tranquilos esperemos
los sucesos, para obrar!...

Ofreciendo un jarro de
vino al tío Malasaña.

¡Buen viejo, un trago bebed,
que este vinillo manchego,
al par que apaga la sed,
prende en las venas su fuego!...

MALASAÑA

Tomando el jarro.

¡Veréis qué pronto despacho!...

COSME MORA

Alzando el suyo.

¡Brindad antes, Malasaña!...

MALASAÑA

¡Por que no quede un gabacho
para contarlo, en España!...

Todos brindan, apurando
los jarros, en medio de una
algazara de risas y gritos.

ESCENA III

Dichos, Mauricio Fournier y José Leblanc, granaderos franceses, que penetran por el arco de la derecha.

PEDRO ROMERO

Viendo a los granaderos.

Silencio, aquí vienen dos!...

MALASAÑA

Llevándose la mano a la faja.

¡Lo que es esos granaderos no han de irse, vive Dios, sin probar nuestros aceros!...

PEDRO ROMERO

Con severidad.

Toda pendencia rehuid!...
¡Silencio! No mancillad
la noble hospitalidad,
que es orgullo de Madrid!...

Volviéndose a algunos majos que intentan marcharse por la izquierda.

¡Quietos todos!... Y volvamos
a la danza y a beber,
no se vayan a creer
que por miedo nos marchamos!...

Todos vuelven a ocupar sus puestos, mientras los soldados franceses avanzan altaneramente, y se sientan junto a la primera mesa de la derecha.

LEBLANC

Sentándose.

¡Me abraso de sed!...

FOURNIER

Al mozo.

¡Buen viejo,
danos pronto una botella
del vinillo más añejo,
que bajo el sol que destella

este cielo azul de España,
la misma sed nos acosa
que en la llanura famosa
que el Nilo fecunda y baña!...

El mozo coloca una botella de vino y dos jarros sobre la mesa.

LEBLANC

Vaciando la botella en el
jarro, y apurándole a gran-
des tr

¡Rico vino!...

MOSQUERA

Riéndose, a los majos.

¡Con tal brío
bebe, que fuera capaz
de secar, de un trago, el río!...

PEDRO ROMERO

Conteniéndoles.

¡Tengamos la fiesta en paz!...

FOURNIER

Al mozo, viendo que apenas queda vino en la botella.

¡Venga otra, vive Dios,
que ni amores de doncella
ni el vino de una botella
se reparten entre dos!...

LEBLANC

Después de apurar su jarro, mientras el mozo vacía otra botella en el de Fournier.

¡Sargento, nuestro camino
fuera triste, a no tener
para alegrarle el buen vino
y el amor de la mujer!...

FOURNIER

Bebiendo.

¡Pues bendice esta campaña,
si ambas dichas gozar quieres,
que para vino y mujeres
es un paraíso España!

Los majos prosiguen bebiendo en silencio, dirigiendo de vez en cuando miradas agresivas o burlonas a los franceses.

LEBLANC

Volviéndose al mozo.

¡Venga vino, condenado!...

MOZO

Mas, ¿quién paga el consumido?...

LEBLANC

Con altanería.

¡Con habérsle bebido
está de sobra pagado,
que el soldado con decoro,
viendo su bolsa agotada,
paga de su deuda el oro
con el hierro de su espada!...

Amenazante, al mozo.

¡Mas vino!...

MOZO

¡Pagad primero!...

Viendo a Leblanc, que se
alza y empuña la espada.

¡Por la fuerza no me humillo,
que el filo de vuestro acero
se mellará en mi cuchilló!...

Da un salto atrás, y se dispone a defenderse. Algunos majos se alzan, llevándose las manos a las fajas.

PEDRO ROMERO

Conteniéndolos.

¡Las manos quietas, muchachos!...

MOSQUERA

¡Sus bravatas nos sublevan!...

PEDRO ROMERO

Al mozo.

¡Sirve vino a esos gabachos,
que yo pago cuanto beban!...

LEBLANC

A Pedro Romero, sin dejar
su actitud agresiva.

Atenciones os debemos
por tanta cortesanía,
mas dejad que castigemos
de ese majo la osadía!

PEDRO ROMERO

Con severidad.

La violencia y los castigos
son lícitos en la guerra;
¡mas a título de amigos
entrásteis en esta tierra,

y no está bien que paguéis
de tan injusta manera
la hospitalidad sincera
que a nuestra patria debéis!...

¡Si mi convite aceptáis,
su imprudencia perdonad,
y tranquilos apurad
todo el vino que queráis!...

Los franceses agradecen con un movimiento de cabeza. Todos vuelven a sentarse. El mozo sirve dos botellas a los granaderos.

FOURNIER

A Leblanc, en voz baja.

¡Prudencia, Leblanc!...

LEBLANC

Bebiendo.

¡No puedo
tolerar tanta altivez,

y si hoy por prudencia cedo,
ya me vengaré otra vez!...

FOURNIER

Bebiendo.

Pronto tendrás ocasión...

LEBLANC

¿Tú esperas?...

FOURNIER

¡Que se levante
con arrestos de gigante
contra Francia esta nación!...

LEBLANC

Exaltándose con el vino.

¡Vive Dios, que eso me agrada,
porque de tanto reposo
oxidada está mi espada
y mi fusil herrumbroso!...

De pronto, sonriendo,
como asaltado por una idea
repentina.

¿Y la maja?...

FOURNIER

En voz baja.

El capitán
en acecho de la moza...
Nuestra gente y la carroza
ya prevenidos están

en medio de esa espesura...

Señalando a los jardines
reales.

¡Y vive Dios, que prefiero,
a servirle de tercero
en tan infame aventura,

desplegada la bandera
y al tronar de la metralla,
asaltar una trinchera
en un campo de batalla!...

¡Que no es digno de un soldado
del ejército imperial,
entre sombras, y ayudado
cual cobarde criminal,

inmolando su deber
en aras de su rencor,
acechar a una mujer
para robarle el honor!...

LEBLANC

Después de haber apurado
su jarro, exacerbado por la
embriaguez.

En guerras, como en amores,
de ardides siempre hay que usar,
que a veces son los mejores
caminos para triunfar!...

Pequeña pausa. Vuelven
a beber. Los majos cuchichean,
mientras resuena, quedo y trémulo,
el pespunteo de la guitarra.

FOURNIER

Volviéndose a los majos.

¿Qué pasa?... Bajo el verdor
lujuriente de esa parra,
¿por qué una copla de amor
no suspira la guitarra?...

PEDRO ROMERO

Conteniendo con un gesto el movimiento de protesta de los majos, y dirigiéndose después a los franceses.

¡Franceses, si os causa agrado nuestros cantos escuchar, acercaos al emparrado!...

Volviéndose a Benita.

¡Benita, empieza a cantar!...

Cosme Mora preludia de nuevo, en la guitarra, la seguidilla anterior. Los franceses se levantan, medio ébrios, y se dirigen bajo el emparrado.

MALASAÑA

A Leblanc, mostrándole una silla.

Si quieres nuestra compañía,
aquí hay sitio, granadero...

Ofreciéndole un jarro de
vino.

Pero, ¡brindarás primero
por Fernando y por España!..

LEBLANC

Jactanciosamente.

¡Desechad vuestra arrogancia,
que hay otro brindis mejor!...
¡Brindad conmigo, por Francia
y por nuestro Emperador!...

MALASAÑA

¡Por España y por Fernando
solamente brindaremos!...

Los majos se levantan, dejando de tocar.

LEBLANC

Amenazante, echando mano a la espada.

Mas, a la fuerza, os haremos que brindéis!...

MALASAÑA

Cuadrándose delante.

Mas, ¿cómo y cuándo?...

LEBLANC

Desenvainando la espada.

¿Cuándo?... ¡Ahora!... Y ¿cómo?... ¡Así!

Le tira un tajo que el tío Malasaña esquivo de un salto.

MALASAÑA

Tirando de la navaja.

¡Y yo dejaré en tu cara
ahora este recuerdo, para
que no te olvides de mí!...

Los majos se disponen a acometer a los franceses. Fournier tira de la espada para defender a su compañero, cuando por el segundo término de la izquierda aparece el teniente D. Jacinto Ruiz de Mendoza, y se interpone entre los dos bandos.

ESCENA IV

Dichos y el teniente Don Jacinto Ruiz de Mendoza.

TENIENTE RUIZ

Conteniendo a los granaderos.

¡Atrás!...

Volviéndose a Pedro Romero.

Mas, ¿qué ha sucedido?...

PEDRO ROMERO

¡Al vino adora el soldado!...
¡Tanto vino han trasegado,
que la cabeza han perdido!...

LEBLANC

Altivamente, a los majos.

¡Dad gracias al oficial,
que si no, sabríais, osados,
lo que valen los soldados
del ejército imperial!

FOURNIER

¡Si no tuviese el deber
nuestra mano encadenada,
veríais!...

TENIENTE RUIZ

A los granaderos.

¡Al cinto la espada,
que espacio habéis de tener

en que con más arrogancia
podréis blandirla mejor,
para defender a Francia
en los campos del honor!

Los granaderos envainan
sus espadas, saludan mili-
tariamente, y salen por el arco
de la derecha.

ESCENA V

Todos, menos Fournier y Leblanc.

BENITA PASTRANA

Acercándose al teniente
Ruiz.

¡Jacinto!...

TENIENTE RUIZ

Contemplándola con ternura. Su voz se suaviza de amor, al estrechar sus manos.

¡Benita mía!...
¿Qué has hecho, di?...

BENITA PASTRANA

Señalando a la hija de Ma-
lasaña.

Con Manuela
pasamos cantando el día
a compás de esa vihuela!...

Cambiando de tono, con
reproche infantil.

¿Por qué tan tarde has venido?...

TENIENTE RUIZ

Mis deberes militares
en Madrid me han retenido...

A las majas.

¡Tornad a vuestros hogares,

que la noche se avecina,
y sus sombras traicioneras
protegen la indisciplina
de esas tropas extranjeras

que, con disfraz de amistad,
en España se han entrado,
aun con más rapacidad
que en un país conquistado!...

MOSQUERA

¡Tranquilo estad, mi teniente,
que van bien acompañadas!...
Si algún francés insolente,
siquiera con las miradas,

a ultrajarlas se atreviera,
para vengar tal ultraje,
mi navaja, de un viaje,
el corazón le partiera!...

MALASAÑA

De sufrirlos ya no hay medio;
y como llegue a estallar
la indignación popular,
en Madrid, no va a quedar
un francés para un remedio!...

Todos saludan al teniente
Ruiz y a Pedro Romero, y se
dirigen al segundo término
de la izquierda.

BENITA PASTRANA

Volviéndose, con voz baja
y trémula, al teniente Ruiz.

¿Te quedas aquí?...

TENIENTE RUIZ

Estrechándole las manos.

¡Me quedo!...

BENITA PASTRANA

A la hora acostumbrada
te aguardaré en mi morada...

Con la voz rota de emoción.

¡Mira, que vivir no puedo
sin la luz de tu mirada!...

Se separa y sale con los
majos, por el segundo término de la izquierda.

ESCENA VI

Teniente Ruiz y Pedro Romero.

PEDRO ROMERO

¿Adónde vais, mi teniente?...

TENIENTE RUIZ

A yer a Daoiz y a Velarde,
que me han citado esta tarde
al otro lado del puente,

para a solas discurrir
y estudiar de qué manera
vamos a España a eximir
de la opresión extranjera!...

PEDRO ROMERO

¿Malas noticias?...

TENIENTE RUIZ

¡Tan malas
que no vamos a encontrar
plomo para tantas balas
como vamos a gastar!...

PEDRO ROMERO

¿Tan graves las nuevas son?...

TENIENTE RUIZ

Fernando, preso en Bayona,
ha abdicado la corona
de España, en Napoleón!...

Trémulo de ira.

¡Y obró bien villanamente!...

PEDRO ROMERO

El monarca, ¿qué iba a hacer
solo y preso?...

TENIENTE RUIZ

¡Perecer
con la corona en la frente;

porque coròna tan bella,
de tan fùlgidos diamantes,
bien merece morir; antes
que desprenderse de ella!...

PEDRO ROMERO

¡Mas estos reinos leales
no aceptan la abdicación,
que aun hay personas reales
para regir la nación!

TENIENTE RUIZ

¡Nuestra ilusión nos engaña,
que también a los infantes
se los llevan!... Pero antes
tendrán que arrasar España!...

¡Será impotente su afán,
que en tanto que bajo el sol
quede vivo un español,
los infantes no se irán!...

PEDRO ROMERO

Mas, ¿qué hacen nuestros guerreros?...

TENIENTE RUIZ

Sin armas y acuartelados,
por los franceses cercados,
también son nuestros soldados
en su patria prisioneros!

¡Viendo sus esfuerzos vanos
para vengar tanto ultraje,
desgarran de rabia el traje,
y les tiemblan de coraje
los fusiles en las manos!...

¡Oh, si mi acento pudiera
vencerlos, no amaneciera
en las cumbres la mañana
con sus reflejos triunfales,
sin que la sangre, en la lid,
no corriese, hecha raudales,
por las calles de Madrid!...

PEDRO ROMERO

Prevenirse es menester...
Aun no es tiempo... ¡Tened calma!...

TENIENTE RUIZ

Con impetuosidad.

¡Siempre es tiempo, habiendo alma,
para morir o vencer!

Antes que vivir esclavo
bajo el soberbio opresor,
el que es noble y el que es bravo,
encuentra mucho mejor

expirar en la campaña,
con el pecho atravesado
por cien balas, abrazado
a la bandera de España!...

PEDRO ROMERO

Preso el rey y pronta a huir
la corte, si el odio estalla,

¿qué jefe va a dirigir
nuestra gente en la batalla?...

TENIENTE RUIZ

¡No es de temer ese mal,
que habrá, mientras luzca el sol,
en España un general,
que es el valor español!...

¡Y él ha de hacer en el fiero
combate que se avecina,
de una maja una heroína,
y un Cid de cada chispero!...

PEDRO ROMERO

¡De qué servirá el valor,
si no tenemos cañones,
ni parques con municiones!...

TENIENTE RUIZ

Con fiereza.

¡Para morir con honor,
fundiremos denodados
los más preciados enseres:
las rejas de los arados,
los hierros de los talleres,

y hasta del templo el tesoro;
y de sorpresa en sorpresa,
a la codicia francesa
daremos balas de oro!

¡No hay que perder un momento!...
Todo Madrid se estremece
de furor, y hasta parece
que huele a pólvora el viento!...

¡Veréis, cuando llegue el día,
y en esta altiva nación
despierte y ruja el león,

cómo nuestra bazarria
todo a su paso lo arrolla!...

Dan las siete en el reloj de
la ermita.

¡Es hora!... ¿Venís conmigo?...

PEDRO ROMERO

No puedo! Aguardo a un amigo:
¡a don Francisco de Goya!...

y no tiene el gran pintor
ni paciencia ni talante
para tolerar un plante...
¡pués gasta bueno el humor!...

TENIENTE RUIZ

Estrechándole la mano.

¡Adiós!...

Sale por el segundo término de la izquierda, sin reparar en la maja, que penetra por el mismo lado, con un ramo de rosas blancas y rojas en la mano.

PEDRO ROMERO

Al teniente Ruiz, por la maja.

¡Mirad lo que viene!...

Viéndole alejarse sin reparar en ella.

¡Prisa debéis de tener cuando, al pasar, no os detiene la gracia de esa mujer!...

ESCENA VII

Pedro Romero y La Maja.

PEDRO ROMERO

Saliendo a su encuentro,
y tendiéndole gentilmente la
capa.

¡Pasa, reina sin corona,
y deja que como ofrenda
de cariño a tu persona,
al pasar, la capa extienda

para alfombra de ese pie,
ramillete de azucenas,
tan diminuto que apenas
si cuando pisas se vel...

LA MAJA

Deteniéndose graciosamen
te ante la capa.

¡Apártala de mi lado,
que si la piso al pasar,
sin querer, voy a manchar
las sedas de su bordado!...

PEDRO ROMERO

¡Sin temores adelanta
la gracia de tus chapines,
que ha de bordarla tu planta
de claveles y jazmines!...

¡Y sólo siente mi mal,
que para pie tan ligero,
esta capa de torero
no fuese un manto imperial!...

LA MAJA

Pasando.

Tanto me lo has ponderado,
que me lo voy a creer!...
¡Adiós!...

Queriendo marcharse.

PEDRO ROMERO

Deteniéndola.

Detente, mujer...

Contemplando el ramo de
rosas.

¿En qué jardín has cortado

ese ramo tan fragante
de aterciopeladas hojas,

blancas como tu semblante
y como tus labios rojas?...

No sé, y en verdad lo digo,
viéndoos a la par tan bellas,
si tú te adornas con ellas
o ellas se adornan contigo!...

¿Para quién esos primores
cortaste?... ¿A dónde vas,
rosal humano, que das
al par sonrisas y flores?...

Dime, ¿quiénes a las brisas
dan aromas más preciosas,
las rosas o tus sonrisas,
tus sonrisas o las rosas?...

LA MAJA

¡Prosigue vertiendo perlas
por los labios, sin cesar!...

¡Quién pudiera recogerlas
para formar un collar!...

¡Bien dice el cantar que eres,
y de comprobarlo acabo,
tan gentil con las mujeres
como con los toros bravo!...

PEDRO ROMERO

¿Me conoces?...

LA MAJA

Sonriendo.

¡Que salero!
¿Quién, en esta villa y Corte,
por la arrogancia del porte,
no conoce al gran Romero,

si todos tienen cansadas
las manos, y aun doloridas,
de aplaudir en las corridas
tus soberbias estocadas!...

PEDRO ROMERO

Y tú, ¿quién eres?...

LA MAJA

Contoneándose.

¡Ya ves!...
¿Mi porte no te lo enseña?...
¡Una maja madrileña
de la cabeza a los pies!...

PEDRO ROMERO

Recreándose en su
templación.

Viéndote con ese traje,
peineta, chapín de raso,
la falda de medio paso
y a mantilla de encaje,

andando tan gentilmente,
con un aire de realeza,
tan gallarda la cabeza
y tan soberbia la frente,

asegurar no sé yo
si eres una maja esquiva
o alguna duquesa altiva
que de maja se vistió!...

LA MAJA

Nadie adivinà si soy
maja de rumbo o duquesa,
cuando por las tardes voy
reclinada en la calesa,

encendida de placer
mirando a mi calesero,
a los toros, para ver
matar a Pedro Romero!

En Maravillas nací;
con los majos me crié,
y como entre ellos viví,
ser maja de rumbo sé...

Paso la vida sin penas,
y se deshojan mis días
cantando en las romerías
y bailando en las verbenas,

sin apuros ni trabajos,
entre dimes y diretes,
burlando a los petrimetros
y enamorando a los majos...

Honrada y libre a la par...
Pues ¡ay de aquel que se atreva
mis decoros a ultrajar,

que siempre por algo lleva
con orgullo soberano,
como defensa, la maja,
el abanico en la mano
y en la liga la navaja!...

ESCENA VIII

Dichos Don Francisco de Goya y Don Manuel María Ruiz de Villanueva, que salen conversando, de la ermita.
Goya, en traje de corte.

PEDRO ROMERO

Saludándolo.

¡D. Francisco!...

GOYA

¡Que Dios guarde

al rey de la torería!...

EL ABATE VILLANUEVA

Reparando en la Maja, y
dirigiéndose a Pedro Rome-
ro.

¡Vive el cielo, que esta tarde
tienes buena compañía!...

GOYA

Mirando a la Maja.

¡Por ley de Naturaleza,
que no tiene transgresor,
busca al valor la belleza
y a la belleza el valor!...

ABATE VILLANUEVA

Con malicia, dándole un
golpe en el hombro a Pedro
Romero.

¡Buena pareja, tunantel!...

PEDRO ROMERO

A Goya.

¿Qué tal la maja?...

GOYA

Contemplándola.

¡Por Cristo,
que mis ojos nunca han visto
hermosura semejante!...

ABATE VILLANUEVA

Describiéndola con volup-
tuosidad.

Firme y amplia la cadera;
el busto altivo y lozano,

y la cintura hechicera
tan estrecha, que pudiera
abarcarse con la mano!...

Bajo el jubón que lo abrocha
estalla de amor el seno;
el rostro tiene moreno
como la Virgen de Atocha;

y entre su boca florida,
panal de besos y mieles,
la sonrisa es una herida
desangrándose en claveles!...

Sus ojos, ebrios de amor,
se encienden, bajo el negror
alucinante del pelo...

Volviéndose a Goya.

¡D. Francisco, buen modelo
para el cuadro de un pintor!...

GOYA

Que ha estado contem-
plando con ansiosa fijeza a
la Maja, alzando de pron-
to la frente, en un arranque
de orgullo.

¡Belleza, divina joya
que fuera vano oropel,
si no existiera el pincel
de D. Francisco de Goya!...

A la Maja, con los ojos lla-
meantes de entusiasmo.

En esta tarde tan pura
tu gloria será completa,
que en un lienzo, tu figura
hará inmortal mi paleta!...

Y así, tu belleza extraña
para siempre ha de quedar
como el más bello ejemplar
de las mujeres de España!...

PEDRO ROMERO

¡Brava idea!...

ABATE VILLANUEVA

¡La suscribo!...

GOYA

A la Maja.

¿Retratarte dejarás?...

LA MAJA

Con alegría.

¡Bueno!... Mas, ¡por Cristo vivo,
que no me requiebren más,

que me enciendo de rubor,
y escuchar al par no quiero
los requiebros de un torero,
de un abate y de un pintor!...

Intenta escapar por la derecha. Goya la detiene.

¡Tengo prisa!...

Dirigiéndose a los jardines.

PEDRO ROMERO

¿Dónde vas?...

GOYA

Deteniéndola.

Al otro lado del puente,

en mi quintal, impaciente,
mañana te aguardo... ¿Irás?...

LA MAJA

Desde el arco de la ver-
ja, poniendo la cruz con los
dedos.

¡Os lo juro por el cielo!...
Si no me mata el placer,
al pensar que voy a ser
de un cuadro vuestro, modelo...

Desapareciendo.

ESCENA IX

Goya, el Abate Villanueva y Pedro Romero

PEDRO ROMERO

Señalando al sitio por
donde ha desaparecido la
Maja.

¡Con una modelo tal
se corre un peligro!...

GOYA

¿Cuál?

PEDRO ROMERO

Con malicia.

¡Que acabe, señor pintor,
por rubricar el amor
la pincelada final!...

GOYA

Con sonrisa forzada.

¡Amor!... ¡No tengas cuidado!...
¡Con tal rigor me ha tratado,
que hoy de sus sañas me vengo,
y en el corazón lo tengo
con siete llaves cerrado!...

ABATE VILLANUEVA

Mañosa es su fantasía,
y puede el amor un día
escapar de su prisión...

GOYA

Rudamente.

¡Para escaparse, tendría
que romperme el corazón!...

Pequeña pausa. Se sienta
bajo el empujado. Empieza
a declinar la tarde.

PEDRO ROMERO

A Goya.

¡Con la mujer siempre fuísteis
buen cazador!... Nadie iguala

la fortuna que tuvisteis,
que donde el ojo pusisteis
allí clavásteis la bala!

GOYA

Con sorda tristeza.

Mas, ¡ay!... Alguna logró
con tal tino rebotar,
que en mi pecho se clavó...
y ¡aun no he podido cerrar
la herida que me causó!...

Con amarga sonrisa.

¡Y de amores tan *felices*
en mi corazón quedaron
más heridas y raíces
que en tu cuerpo cicatrices
los bravos toros dejaron!...

Otra pequeña pausa, du-
rante la cual Goya perma-
nece con la cabeza entre las
manos, de codos en la mesa.

ABATE VILLANUEVA

Rompiendo confidencialmente el silencio.

La luz se va... ¡Todo en calma!...
No se escucha ni un gorjeo...
¡Yace dormido el deseo
en lo profundo del alma!...

Insinuante, a Goya.

Ese templo solitario;
la sombra que lenta viene,
y hasta este lugar, que tiene
algo de confesonario,

son como una invitación
para hacer la confesión,
todo aroma y todo seda,
que sube al labio, en voz queda,
del fondo del corazón!...

Don Francisco, sin rubores,
confesad a nuestro oído...

De todos vuestros amores,
el más grande, ¿cuál ha sido?...

Goya permanece un instante perplejo, sin atreverse a responder.

¡Decid!...

GOYA

Alzando lentamente la cabeza.

¡Callad, por favor!...

ABATE VILLANUEVA

Insistiendo.

¡El mayor de vuestra vida!...

GOYA

Siempre, en cuestiones de amor,
el último es el mayor...
¡porque aun nos duele la herida!...

ABATE VILLANUEVA

¡Confesad!...

En voz baja.

¿Es la duquesa?...

GOYA

Fieramente.

¡Su nombre no pronunciad,
porque en su dulzura expresa
tanta y tanta santidad,

creando tales maravillas
y esparciendo tal consuelo,
que aun los ángeles del cielo
lo pronuncian de rodillas!...

Queda un momento abati-
do bajo la pesadumbre de
sus recuerdos.

ABATE VILLANUEVA

¿Tanto la amásteis?...

GOYA

Como si evocáse de nuevo
un bello sueño desvanecido.

Vivía

sin esperanza y sin fe,
una vida tan baldía,
que hasta pintar olvidé;

fatigado de luchar,
como un inútil navío
que a las orillas del mar
se está pudriendo de hastío!...

Una tarde, por el Prado
mis cansancios paseaba;
y a solas, triste, pensaba
en mi estudio abandonado,

en mis tristezas hurañas
y en mis marchitos laureles,
y hasta en mis rotos pinceles
cubiertos de telarañas,

cuando a mi lado pasó
una dama, y al acaso
junto a mis plantas, cayó
su abanico de oro y raso!...

A cogerle me incliné;
y al devolvérselo, vi
tal belleza, que no sé

como a tierra no caí,
¡pues con su luz me cegué!...

Detuvo la dama el paso
junto a una fuente sonora,
y deslumbrando mi ocaso
con el fulgor de la aurora
que en sus ojos se retrata,
murmuró:—y era su acento
como el suspirar del viento
entre jazmines de plata:—

—Aunque pobre, este abanico
fuese más noble y más rico
que la más preciada joya,
si le diera valor el
maravilloso pincel
de don Francisco de Goya.

¡Y sentí en aquel segundo
tan divina exaltación,
cual si toda la pasión
y todo el amor del mundo
llenasen mi corazón!

Le esclavicé mi alma entera;
y en sus manos amorosas
fué mi vida altiva y fiera,
como indómita pantera
encadenada entre rosas!

Viví una existencia aparte,
fuera del mundo real,
y alas presté a mi ideal,
para hacer digno mi arte
de su belleza inmortal!...

¡Mi musa y mi amante fué!...
¡Sufrió todos los dolores,
y al par todos los amores
en sus amores gocé!...

¡Con tal frenesí la amé,

que a veces, en los anhelos
de mi alma enloquecida,
pensé quitarme la vida
para no morir de celos!...

¡La misma muerte envidiosa
no apagará esta pasión,
que si ella es polvo en la fosa
aun vive en mi corazón!

Momento de silencio y de
emoción, en el que todos
aparecen estremecidos por
una saudade infinita.

ABATE VILLANUEVA

Con la voz trémula.

¡Perdonadme!... Pero quiero
una duda destruir...
¿Es cierto que ella, al morir,
os dejó por heredero?...

GOYA

Con fiereza.

¡Así a mi orgullo afrentó!...
¡Pero mi orgullo violento,

sin leerlo, el testamento
en su palacio rasgó!...

Y viendo rotos los lazos
que a mi ardor pusieron tasa,
a las gentes de su casa
les arrojé los pedazos!

Cambiando de tono, con
la voz deshecha en lágrimas.

Y la noche de aquel día,
para ornar su sepultura
de flores, con amargura
vendió la pobreza mía
el marco de pedrería
de esta rica miniatura!...

Saca del seno un pequeño
medallón y lo besa con reli-
giosa ternura, enjugándose
una lágrima con el dorso de
la mano. Las campanas de la
Ermita repican las oracio-
nes. Las sombras envuelven
la escena, y en el azul del
cielo empiezan a clarear las
estrellas.

PEDRO ROMERO

Las horas son como instantes
con estas recordaciones...

Queriendo levantarse.

¿Nos vamos?...

ABATE VILLANUEVA

Deteniéndole con un gesto.

Sí... pero antes

recemos las oraciones!

Los tres se descubren y se persignan y rezan, en voz baja, mientras continúa el claro clamoreo de las campanas. De súbito resuena en la derecha un rumor de gritos y carreras.

ESCENA ULTIMA

Dichos, la Maja, el capitán Moncey, Fournier, Leblanc,
majos, y algunos soldados franceses.

LA MAJA

Gritando dentro.

¡Socorro!...

MONCEY

Dentro.

¡Seguid a la moza,
y procurad darle caza!...
Si resiste, una mordaza,
¡y meterla en la carroza!...

Por el arco de los jardines
penetra despavorida la Maja,
perseguida por algunos gra-
naderos franceses.

LA MAJA

Mirando en torno suyo.

¡Socorro!... ¿No hay quién me ampare?...
¡Me persiguen los gabachos!...

Los que rezan se levantan
y acuden a socorrerla. El
mozo y algunos majos se
asoman a la puerta de la bo-
tillería.

MONCEY

Dentro.

¡Que la carroza se pare!...

Entrando y dirigiéndose
a los franceses.

¡Metedla en ella, muchachos!...

LA MAJA

Reconociéndole.

¡Deténlos, Pedro Romero
y no los dejes pasar!...

PEDRO ROMERO

Cubriéndola con su cuerpo.

¡Vive Dios, que va a encontrar
hermosa vaina mi acero!

Tira del cuchillo. Los ma-
jos lo imitan, y todos se dis-
ponen a acometer a los fran-
ceses.

GOYA

Con voz de trueno, interponiéndose entre los dos bandos.

¡Quietos todos!

A la Maja, que se ampara en Pedro Romero.

¿Qué ha pasado?

LA MAJA

¡Me quieren amordazar,
para por fuerza lograr
lo que no obtienen por grado!...

¡Me atacaron a traición,
que si no!...

GOYA

Dirigiéndose a Moncey.

Decidme, ¿es
digna tan infame acción
de un caballero francés?...

MONCEY

Con énfasis.

¡Capitán!...

GOYA

Pues, capitán,
un proceder tan villano
en francés y en castellano,
un nombre tiene: ¡Rufián!...

MONCEY

Desnudando la espada.

¡Al punto vuestra osadía
sabr  castigar mi espada!...

GOYA

Tirando de la suya.

Mas no cont is con la mía...

MONCEY

Conteniendo a los grana-
deros, que se disponen a
atacar.

¡Muchachos, no temed nada!

Señalando a Goya.

¡Voy a darle una lección!...
Tres golpes: uno al sombrero,
otro al brazo, y al tercero
le atravieso el corazón!...

GOYA

Por mi parte has de tener
con uno solo bastante:
¡Una marca en el semblante
de tu infame proceder!...

¡No os mataré, vive Dios,
que si mi acero os matara
fuera mucha honra para
un cobarde como vos!...

Se acometen en medio de
silencio y de la expectación
de todos.

MONCEY

Tirándole una estocada.

¡La primera!...

GOYA

Parando.

¡Os ha fallido!...

MONCEY

Repitiendo.

¡La segunda!...

GOYA

Parando.

¡También esa!...

MONCEY

Ciego de ira, dirigiéndole
un tercer golpe.

¡La última!...

GOYA

Parándole, con serenidad

¡Vuestra promesa,
capitán, no habéis cumplido!...

¿La mía?... Desde este instante
podéis darla por cumplida!...

Arremetiéndole.

¡Cuchillada!...

Le acuchilla el rostro. El
capitán deja caer la espada.

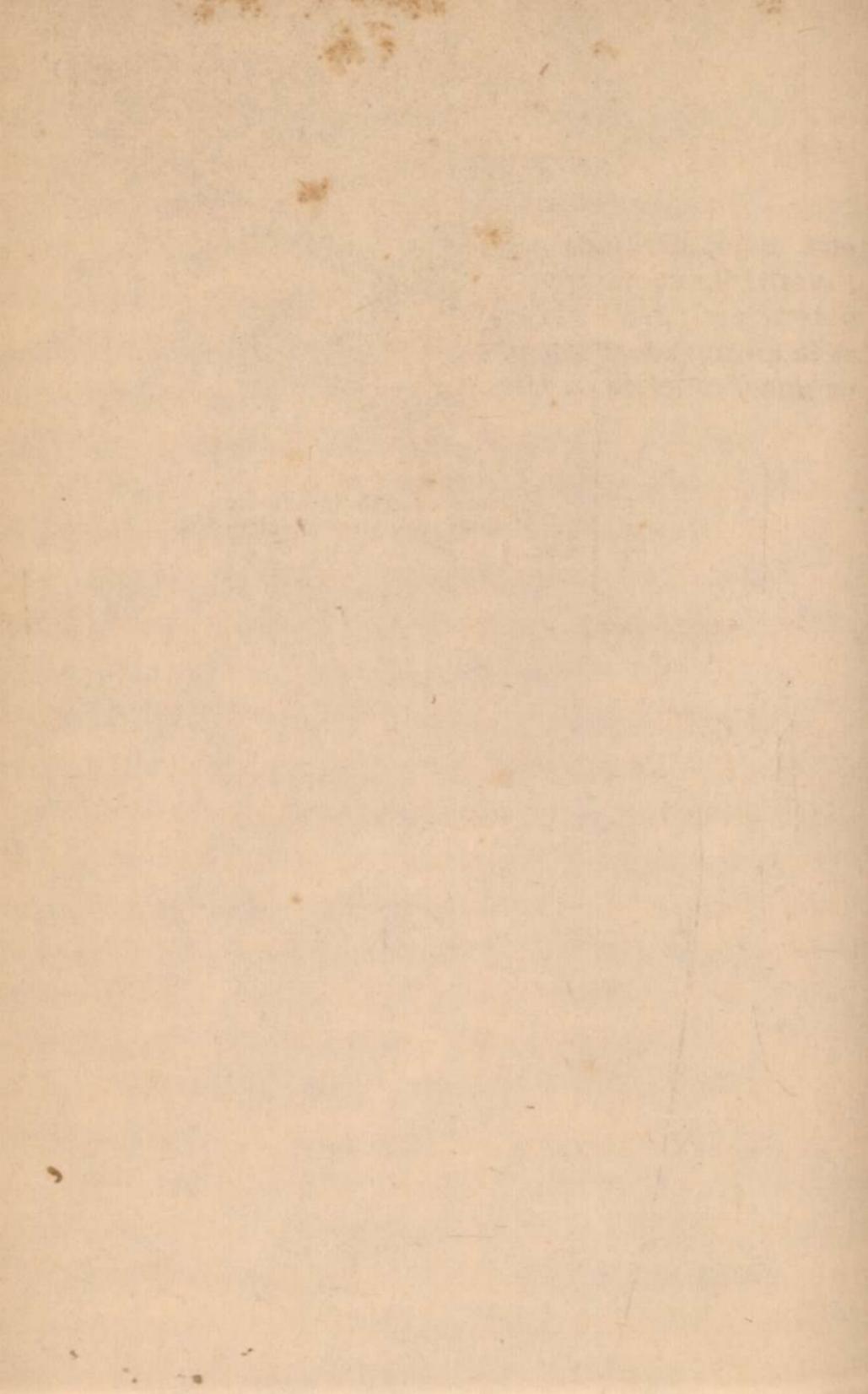
¡En esta vida

no ha de ornar vuestro semblante

otra mejor dibujada!...
¡Guardadla como una joya,
porque esa cuchillada
os la ha trazado la espada
de don Francisco de Goya!...

Saluda ceremoniosamente
a Moncey, mientras descien-
de el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Interior modesto, pero ordenado y limpio, donde la disposición de todas las cosas revela el cuidado y el esmero de unas bellas manos de mujer. Al fondo, una puerta. A la izquierda, en primer término, un altar con la Cruz de Mayo, resplandeciente de joyas y de cirios y desbordante de flores. En el segundo término, otra puerta. A la derecha, un balcón abierto, con tiestos de claveles y albahaca, por cuyo hueco penetra la luz gloriosa y tibia de una mañana de Mayo.

ESCENA PRIMERA

La Maja y Benita Pastrana, enlazadas del talle y conversando cerca del balcón.

LA MAJA

Con ternura.

¿Y le quieres mucho?...

BENITA PASTRANA

Con pasión.

Tanto
como a mi padre, y aun más!...

Bajando la voz, y amparándose en la Maja.

Escucha, y comprenderás
los motivos de este llanto,
que venciendo mis sonrojos
y en amargura deshecho,
se desborda por los ojos
porque no cabe en mi pecho!...

Estalla en llanto.

LA MAJA

Acariciándola maternal-
mente.

¡Cálmate, niña, y repara
que ningún hombre merece,
ese llanto que entristece
la hermosura de tu cara!...

Sentándola sobre un ar-
cón, y tomando entre las su-
yas las trémulas manos de
la gimiente.

¡Desahoga tu pesar,
y cuenta lo sucedido!...

BENITA PASTRANA

Entre sollozos.

¡Que esta noche no ha venido
la santa cruz a velar!...

Y algo grave sucedió,
pues esta es la vez primera
en que su amor no cumpliera
la palabra que me dió!...

LA MAJA

Tranquilizándola.

Razones debió tener
que ahora tu dolor no alcanza!...

BENITA PASTRANA

Con angustia infantil.

Mas su deber...

LA MAJA

Severamente.

El deber
de un soldado es la ordenanza!...

Y más en estos instantes
de peligro y de ansiedad,
cuando a nuestra libertad
amenazan, arrogantes,

con los más duros castigos,
esos gabachos traidores,
que aunque entraron como amigos
quieren trocarse en señores!...

BENITA PASTRANA

Con desconsuelo.

¡Eso aumenta mi pesar,
que el pueblo está alborotado;

y temo que ande mezclado
en la inquietud popular!...

¡Por no ver su enseña rota
la vida diera feliz,
porque nadie, a patriota
le gana al teniente Ruiz!...

LA MAJA

Y eso te apena?... Altanera
alza la frente de orgullo...
¡Si yo un amante tuviera
tan bizarro como el tuyo,

para la lucha bravía
contra extranjeros tiranos,
yo misma colocaría
el fusil entre sus manos,

gritándole con furor:
¡Vuela, a luchar por España!...
¡Si mueres en la campaña,
sábrá vengarte mi amor!...

Alzando entre sus manos
la cabeza de Benita.

Esas lágrimas inmola
y alza altiva la cabeza...
¿En dónde está la fiereza
de la mujer española?...

Quedan un instante abra-
zadas.

BENITA PASTRANA

Calmando su angustia en
los brazos de su amiga.

¡Es verdad!... ¡Tienes razón!...

De súbito rasga el silen-
cio de la calle un vibrante
clamor de clarines. Las ami-
gas se estremecen.

Pero, ¿qué algazara es esa?...

LA MAJA

Asomándose al balcón.

¡Una patrulla francesa
que pasa bajo el balcón!...

Las dos se asoman. El rumor se va alejando.

¡Mira qué arrogantes van
los soldados de esa grey!...
Por su porte y su ademán
cada uno créese un Rey!...
¡De ira nuestra sangre encienden
con tanta balandronada,
y ultrajan con la mirada,
y con la sonrisa ofenden!...

Permanecen un instante
silenciosas, de bruces en el
balcón, mientras se pierden
a lo lejos los últimos rumores
de la patrulla.

Ya se disipó la nube...

Dando de pronto un grito
de júbilo.

¡Alza, Benita, la frente,
que se acerca tu teniente!...
¡Míralo!... ¡En tu busca sube!...

Benita se inclina en el
balcón.

¡Tal inquietud le exaspera
y camina tan de prisa,
que no se paró siquiera
ni a recoger tu sonrisa!...

Las dos se dirigen, en un
júbilo de risas, hacia la puer-
ta del fondo.

ESCENA II

Dichos y el teniente Don Jacinto Ruiz de Mendoza, que entra precipitadamente, dando muestras de una viva agitación.

TENIENTE RUIZ

A la Maja, sin reparar en Benita.

¿D. Francisco?...

LA MAJA

Sonriente.

Mas ¿qué os pasa,
que al entrar, no reparáis

en esta flor que encontráis
esperándoos en mi casa?...

Mostrándole a Benita.

TENIENTE RUIZ

Volviéndose a Benita, y
contemplándola con ternura.

¡Benita!...

BENITA PASTRANA

Cayendo en sus brazos.

¡Por fin viniste!...

Con reproche infantil.

¿Así has cumplido, cruel,
la palabra que me diste?...

TENIENTE RUIZ

Me retuvo en el cuartel

la obligación militar,
porque se teme que estalle,
en el cuartel y en la calle,
la indignación popular

contra el tirano extranjero
que, en su ambición ilusoria,
piensa uncir el león ibero
a su carroza de Gloria!...

Volviéndose bruscamente
a la Maja.

Mas no hay tiempo que perder,
que va a ser dura la prueba!...
¿Y Goya?...

LA MAJA

Con Villanueva,
su amigo, al anochecer

a esta morada llegó,
y al resplandor de esa luz,
velando la santa cruz
la noche entera pasó,

a la guitarra escuchando,
que entre sonrisas y flores,
iba el silencio bordando
de alegres coplas de amores!...

Con el abate ha salido;
mas poco debe tardar,
que esta tarde me ha ofrecido
mi retrato terminar...

Con orgullosa satisfacción.

¿Sabéis que soy su modelo?...

TENIENTE RUIZ

Tu fortuna envidiará
una reina!...

Sin poder contener su impaciencia.

¡Vive el cielo

que me urge verle!...

BENITA PASTRANA

Señalando a la puerta del fondo, donde aparecen Don Francisco de Goya, seguido de Pedro Romero.

¡Aquí está!

ESCENA III

Dichos, Don Francisco de Goya y Pedro Romero.

PEDRO ROMERO

A las majas, señalando a
teniente Ruiz.

¡Buena compañía tenéis!...

TENIENTE RUIZ

A Goya, que penetra como
absorto en sus pensamientos.

¡D. Franciscol!...

GOYA

Volviéndose.

¿Quién me llama?...

Reconociendo al teniente
Ruiz, y estrechándole la
mano.

¡Teniente Ruiz! ¿qué queréis?...

TENIENTE RUIZ

Con gravedad.

¡Es la patria quien reclama
de vos ayuda y consejo!...

GOYA

¡Mi vida a mi patria doy!...



Consejos no, que aun no soy
suficientemente viejo!...

¿Qué pasa?...

TENIENTE RUIZ

Dicen que hoy
van a salir de Madrid
los Infantes...

GOYA

Y ¿marchar
los dejan, sin protestar,
los bravos nietos del Cid?...

TENIENTE RUIZ

¡Su partida hay que evitar!...

GOYA

Solo hay un medio...

TENIENTE RUIZ

¿Cuál es?...

GOYA

Es tan claro como el sol...
¡Luchar, hasta que el francés
dome su orgullo a los pies
del heroísmo español!...

Como dudando.

Mas la noticia...

TENIENTE RUIZ

No hay duda!...

La trama está bien trazada!...
¡En el cuartel encerrada
la tropa, porque no acuda
con su aliento a dar ayuda
a la plebe desarmada!...

¡Y cuando el rugido inmenso
de nuestra cólera estalle,
al pobre pueblo indefenso
se le ametralla en la calle!...

GOYA

Pero, ¿y nuestros oficiales?...

TENIENTE RUIZ

¡A la disciplina fieles
y a su patria desleales,
oirán, desde los cuarteles,

mientras rompen con sus manos
la espada, cómo por esas
calles las bombas francesas
van barriendo a sus hermanos!...

GOYA

Y, ¿contra orden tan cobarde
ninguno se rebeló?...

TENIENTE RUIZ

Con orgullo.

¡Muy pocos: Daoiz y Velarde,
algún alférez... y yo!...

GOYA

Y de mí ¿qué pretendéis?

TENIENTE RUIZ

¡Que toda vuestra influencia
y vuestro talento, uséis
con la Junta de Regencia,

para impedir que se alejen
los Infantes de Madrid!...

¡Y si eso os niegan, pedid
que libres las tropas dejen,
para que en fiera campaña,
dando su sangre y su vida,
se opongan a la salida
de los Infantes, de España!

GOYA

Con enérgica resolución.

¡Esa marcha hay que impedir!...
Para ello a la Junta voy,
¡y yo os juro, por quien soy,
que la Junta me ha de oír!...

¡Y si mi lenguaje osado
no les logra convencer,
me tendréis a vuestro lado
para morir o vencer!...

Sale por la puerta del
fondo, seguido del teniente
Ruiz.

BENITA PASTRANA

Deteniendo al teniente en
la puerta, con voz baja y rá-
pida.

¡Piensa en mí, y el riesgo evita!...
¿Vendrás a verme?...

TENIENTE RUIZ

¡A las dos!...
¡Y si no acudo a la cita
encomienda mi alma a Dios!...

Sale precipitadamente,
tras de Goya.

ESCENA IV

La Maja, Benita Pastrana y Pedro Romero.

BENITA PASTRANA

Con las manos juntas, dirigiéndose a Pedro Romero.

¡Noble amigo, por favor
te lo pide mi alma entera!...
¡No abandones a mi amor
en la lucha que le espera!...
¡No te apartes de su lado!...
¡Refrena su ímpetu ardiente!...

PEDRO ROMERO

¿Quién pone freno al torrente
cuando ruge desbordado?...

Acercándose a las dos.

¡Tú no sabes cómo están
los ánimos!... Madrid es
como el cráter de un volcán
que arde bajo nuestros pies!

Por todas partes, corrillos;
puños que se alzan crispados;
entrecejos arrugados,
y ojos que son cual cuchillos
por la venganza afilados!

¡Congestionaciones de furor
en rostros que de terror
espantan a quien los mira;
y espumarajos de ira
en los labios del rencor!...

¡Se habla bajo!... Entre las gentes
pasan silencios ariscos,
como ráfagas ardientes;
y las frases son mordiscos
que sangran entre los dientes...

¡No sonríen las manolas!...
¡Y se adivina, en las fajas
y en las capas españolas,
que se rechinan navajas
y se amartillan pistolas!...

Madrid todo es un barril
de seca pólvora!... Nada;
una chispa, arrebatada
por el viento de un candil;
el fuego de una mirada,

lo pueden hacer saltar...
¡Y como estalle la hoguera,
de Madrid, no ha de quedar
ni las cenizas siquiera!...

LA MAJA

Asomándose al balcón,
al escuchar el lejano clamor
de las campanas.

¡Escuchad qué raudo, estruendo
de campanas en la brisa!...

Todos atienden al clamor.

¡No es que repican a misa!...
¡A rebato están tañendo!...

PEDRO ROMERO

Terciándose la capa.

¡Ya va a empezar la jarana!...
¡Voy a jugarme la vida
en la espléndida corrida
que pregoná esa campana!...

LA MAJA

Viéndole dispuesto a marchar.

¡Que la Virgen te dé suertel!...

PEDRO ROMERO

¡Por mí no tened cuidado,
que estoy bien acostumbrado
a burlarme de la muerte!...

¡Y con soltura y aplomo,
en este sangriento drama
jugaré con ella como
con un toro del Jarama!...

Saluda gentilmente y se
va por el fondo.

ESCENA V

La Maja y Benita Pastrana.

BENITA PASTRANA

Tendiendo los brazos al
cielo en una fervorosa im-
ploración.

¡Oh, Virgen de Atocha, ampara
a tu pueblo y a mi amor!...

LA MAJA

Escuchando, desde el bal-
cón, cómo acrece el clamor
de las campanas que to-
can a rebato.

¡Cada vez más fuerte y clara,
la campana su clamor

de plata vierte en la brisa;
y repica tan ligera,
y clama con tanta prisa
cual si socorro pidiera!...

¡Otra gime más cercana;
y otra, a lo lejos, implora;
¡y toda la angustia humana
lágrimas de bronce llora!...

Un escándalo de oro
de otro campanario asciende;
y el clamor raudo y sonoro
por todo Madrid se extiende,
rápido, terco y fatal,
propagándose en el viento
cual ráfagas de un violento
ronco incendio de metal!...

¡Y aunque es doliente su son,
y llantos de angustia vierte,
no son campanas de muerte,
sino de Resurrección!...

Pues cada queja sonora
va clamando, bajo el sol:
—¡Despierta, pueblo español,
que ya ha sonado tu hora!...

¡Vuela a la lid!... La victoria,
trémula de amor, te espera
dormida, bajo la gloria
inmortal de tu bandera!...

BENITA PASTRANA

Orando.

¡Santa Madre del Señor,
no abandones en la lucha
a tus hijos!...

LA MAJA

Ebria de entusiasmo, arras-
trando a Benita hacia el
balcón.

¡Ven, y escucha

el ronco y sordo rumor
de la furia popular
que a lo lejos clamorea,
cual la indómita marea
siempre creciente, de un mar

que en rabiosa convulsión
hierve, se estremece y ruge
revuelto, bajo el empuje
de las alas de un ciclón!...

¡Y ese embravecido estruendo
de imprecaciones lejanas,
parece que está diciendo
al clamor de las campanas:

—¡No es preciso vuestro alerta
para asombrar a la historia!...
¡Campanas, tocad a Gloria,
que el pueblo español despierta!...

Una sorda gritería irrumpe
la calle. Las dos amigas
se inclinan para ver.

BENITA PASTRANA

Temblando.

¡Ve a Malasaña!... Ligerito
corre calle abajo, y tapa
en los pliegues de la capa
su trabuco naranjero!

¡Y en confusa gritería,
siguen, corriendo, sus huellas,
desmelenadas doncellas,
ancianos de faz sombría
y enronquecidos muchachos!...

Pequeña pausa. La gritería se pierde a lo lejos. La Maja, como arrastrada por una fuerza interior, se aparta del balcón y se dirige a la puerta. Benita la detiene, interrogándola con ingenuidad, sujetándola por las manos.

¿Adónde va Malasaña?...

LA MAJA

¡Sin duda a cazar gabachos,
que abundan mucho en España!...

Corre hacia la puerta, des-
haciéndose de Benita.

BENITA PASTRANA

Reteniéndola por la ropa.

¡No me dejes sola!... ¡Ven!...
¡De miedo temblando estoy!...
¿A dónde vas?...

LA MAJA

¡Yo también
a cazar gabachos voy!...
¡Suéltame!...

BENITA PASTRANA

Abrazándose a ella.

¡No!... ¡No te irás!...
¡Para escapar de mis brazos,
antes tendrás que arrancar
mi corazón a pedazos!...

La Maja forcejea y se desprende de Benita. Cuando va a salir penetran des-pavoridos por el fondo Doña Josefina y Don Miguelito.

ESCENA VI

Dichos, Doña Josefina y Don Miguelito.

DON MIGUELITO

Deteniendo a la Maja y a
Benita, que sale también
tras ella.

¿Dónde vais?... ¡Estais dementes!...

DOÑA JOSEFINA

Enloquecida de terror.

¡Muertos venimos los dos!...

DON MIGUELITO

Jadeante.

¡La sangre corre a torrentes
por esas calles de Dios!

DOÑA JOSEFINA

¡Oh, si viérais!... ¡Qué balumba
de gritos y maldiciones!...

DON MIGUELITO

¿No escucháis cómo retumba
el eco de los cañones?...

Se oye el lejano tronar de
la metralla.

¡El odio francés que estalla,
y en plena Puerta del Sol,

cobardemente ametralla
al heroísmo español!...

DOÑA JOSEFINA

Temblando.

¡Vengo sin habla! ... ¡A mi lado
un chispero cayó herido,
y su sangre ha salpicado
las orlas de mi vestido!...

LA MAJA

Con ansiedad.

¿Y el pueblo?

DON MIGUELITO

De ira bramando,
en esta lucha cruel,

ni admite ni da cuartel,
pues quiere morir matando!...

¡Y en su glorioso despecho,
al hierro de la metralla,
opone como muralla
la desnudez de su pecho!...

¡Sin armas ni municiones,
toma, entre sus férreos brazos
a fuerza de navajazos,
por asalto los cañones!...

Contra tanta bizzaría
del valiente pueblo hispano,
cargó tres veces, en vano,
la imperial caballería,

que nuestros bravos chisperos,
sin temores ni desmayos,
desjarretaron caballos
y mataron coraceros!...

Y en tan rudas embestidas,
¡cuántas manos cercenadas
cayeron ensangrentadas,
por agarrarse a las bridas!...

¡Y entre deshechos arneses,
por la sangre enrojecidos,
¡cuántos soldados franceses
y cuántos majos, heridos,
tornan a herirse crueles,
hasta morir abrazados,
bajo los cascos ferrados
de encabritados corceles!...

LA MAJA

Con profunda indignación.

¡Y vos pudisteis mirar
tal infamia, sin sentir
el impulso de matar
o el anhelo de morir!...

¡Quién cual vos, tranquilamente
contempla tales escenas,
es porque correr no siente
sangre española en sus venas!...

DON MIGUELITO

Pálido de coraje.

¡Si un majo de plante, osara
hablarme con tanta mengua,
acabar no le dejara
sin arrancarle la lengua!...

¡Mas para desengañarte
te daré una prueba sola,
y con ella he de mostrarte
que tengo sangre española!...

LA MAJA

¡En la lucha está la prueba!...

DON MIGUELITO

Disponiéndose a salir.

¡A ella marchó decidido!...

BENITA PASTRANA

Desde la puerta.

¡Silencio, que llega herido
el abate Villanueva!...

Todos se vuelven. En el
umbral del fondo aparece el
Abate Villanueva sostenido
por Pedro Romero y Don
Francisco de Goya.

ESCENA ULTIMA

Dichos, Don Francisco de Goya, Pedro Romero y el
Abate Villanueva

GOYA

A la Maja.

¡Pronto, un lecho preparado!...

LA MAJA

Acercándose al Abate, a
quien Goya y Pedro Rome-
ro sientan sobre un arcón.

¿Qué ha sido?...

ABATE VILLANUEVA

Sonriendo, con indiferencia.

¡No ha sido nada!...
¡Que el brazo me ha destrozado
el casco de una granada!...

Mas la culpa ha sido mía...

Doña Josefina y Benita
penetran por la puerta de la
izquierda.

PEDRO ROMERO

Mientras le venda el brazo.

¿Quién os manda, vive Dios,
a un sacerdote cual vos
meteros en tal porfía?...

ABATE VILLANUEVA

¡Vi mi pueblo sucumbir,
a mansalva asesinado,
y en su ayuda quise ir
para morir a su lado!...

¡Y si pierdo la existencia,
tranquilo la he de perder,
pues me dice la conciencia
que he cumplido mi deber!...

LA MAJA

A Goya.

¿Mas el pueblo?...

GOYA

¡Acribillado
por los botes de metralla

dejó el campo de batalla
de cadáveres sembrado!...

Y al Parque corre, a buscar
cartuchos y municiones,
y fusiles y cañones,
para volver a empezar
con más ahincos la lid...

BENITA PASTRANA

Que había salido por la
puerta de la izquierda, vol-
viéndose a Goya, con ansie-
dad.

¿Y el teniente?...

GOYA

¿Tu teniente?...
¡Luchando como un valiente
por las calles de Madrid!...

LA MAJA

Saliendo por la puerta de la izquierda, donde ha penetrado momentos antes. Doña Josefina la sigue.

Ya puede entrar el herido...
¡Está el lecho!...

ABATE VILLANUEVA

Levantándose sostenido por Pedro Romero.

¡Premie el Cielo,
hermosas majas, el celo
con que me habéis socorrido!...

Se dirige hacia la puerta, sostenido por Goya y Pedro Romero, mientras resuenan en la calle los gritos ululantes de la multitud.

VOCES

Fuera.

¡Al Parque! ¡Al Parque!... ¡A buscar
los cañones!... ¡Viva España!...

La Maja, Benita Pastrana
y Don Miguelito se agolpan
al balcón. Doña Josefina
permanece temblando al pie
del altar. Goya, Villanueva
y Pedro Romero se detienen
en el umbral de la izquierda.

LA MAJA

Desde el balcón.

¡Con Velarde y Malasaña,
mirad las turbas pasar,
roncas de vitorear
el santo nombre de Español!...

¡Y de los grupos al frente,
en actitud noble y fiera,

ve, Benita, a tu teniente,
desplegando la bandera!...

Benita da un grito.

DON MIGUELITO

Altivamente, dirigiéndose
a la Maja.

¡De cobarde sin motivo,
hace poco me tachaste!...
¡Mas te juro, por Dios vivo,
que al hacerlo te engañaste!...

Me marchó con esas gentes
al Parque, y te probaré
que yo también morir sé
como mueren los valientes!...

DOÑA JOSEFINA

Queriendo detenerle.

¡No te marches, por favor!...

DON MIGUELITO

La vida a mi patria doy...
¡En el Parque está mi honor,
y al Parque a cobrarle voy!...

Doña Josefina cae de rodillas ante la cruz.

BENITA PASTRANA

Como una poseída, corriendo tras de Don Miguelito.

¡Al Parque, tras de mi amor!...

GOYA

Queriendo detenerlas.

¿Dónde vais?...

LA MAJA

Con ímpetu.

¿Adónde ir?...

¡Con Velarde y Malasaña,
vamos al Parque, a morir
por la libertad de España!...

Salen los tres por el fondo,
mientras Goya y Pedro Ro-
mero sostienen al herido, en
el umbral de la izquierda, y
Doña Josefina, con las ma-
nos en cruz, permanece arro-
dillada al pie del altar.

Telón rápido.

FIN DEL CUADRO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

El parque de Monteleón. Al fondo, el gran arco de la puerta principal, por cuyo hueco ha de verse la sangrienta epopeya de la calle. Sobre el arco ondula majestuosamente en la gloria solar, desgarrada por las balas, una bandera de España. A la izquierda, dos puertas. A la derecha, la entrada de una escalera que da acceso a los departamentos superiores. Cañones, fusiles y bayonetas esparcidos por la escena. Al alzarse el telón

aparecen grupos de chisperos y de soldados, descansando del combate, con los rostros y las manos ennegrecidos por la pólvora. Algunos reposan sobre las cureñas de los cañones, y otros, bajo el arco de la puerta y en los peldaños de la escalera. Las majas, junto a la puerta de la izquierda, vendan a los heridos y dan de beber a los sedientos. Cuadro de una gran animación y movimiento que refleje en todos sus detalles la exaltación gloriosa de la lucha.

ESCENA PRIMERA

La Maja, Benita Pastrana, Manuela Malasaña, Don Miguelito, Juan Malasaña, Cosme Mora, Antonio Mosquera, majas, chisperos y soldados.

ANTONIO MOSQUERA

Sentándose en una cureña.

¡El enemigo se aleja!...

DON MIGUELITO

Sentándose a su lado.

¡Breve la tregua ha de ser!...

JUAN MALASAÑA

¡Y menos mal, si nos deja
ocasión para beber,

que en dos horas de combate,
sin respiro y sin paradas,
tenemos seco el gznate
y las bocas abrasadas;

y están los bravos chisperos
y los valientes soldados
de pólvora tan tiznados,
que parecen carboneros!...

Reparando en Don Mi-
guelito.

¿Qué le pasa al lechuguino?...

ANTONIO MOSQUERA

Riendo.

¡Que tiene rotos los dientes
de morder cartuchos!...

JUAN MALASAÑA

A las majas.

Vino,
majas, para estos valientes,

que el vino quita las penas!...
¡Y habrá más de uno, que herido,
se lo beba confundido
con la sangre de sus venas!...

LA MAJA

Acercándose, acompañada
de Manuela Malasaña, con
sendas botas de vino que co-
rren de mano en mano.

¡Bebed sin tasa!...

Reparando en Don Mi-
guelito.

¡Por Cristo,
Don Miguelito, que he visto
que ocultáis, y daros quiero
por ello satisfacción,
un corazón de león
bajo una piel de cordero!...

Le estrecha la mano. Manuela Malasaña se sienta al lado de su padre, abrazándose a su cuello. Cosme Mora se aproxima.

COSME MORA

Con desaliento.

¡No quedan para poder
la lucha continuar,
ni fusiles que empuñar
ni cartuchos que morder!...

MANUELA MALASAÑA

Alzándose.

¡Por tan cobarde razón
no ha de cesar la batalla!...
¡Qué importa que armas no haya
si nos sobra corazón!...

COSME MORA

Sonriendo tristemente.

Sin armas con que reñir,
el corazón, ¿qué va a hacer?

LA MAJA

Con ímpetu.

¡No sirve para vencer,
mas basta para morir!...

ANTONIO MOSQUERA

¡Dura ha sido la refriega!...

JUAN MALASAÑA

Seis veces arremetieron
con rabia indomable y ciega;
mas otras tantas tuvieron

que retroceder, vencidos,
en fuga desordenada...
¡Y la calle está sembrada
de cadáveres y heridos!...

DON MIGUELITO

Mas, ¡ay!, también en la lid
contra el bárbaro opresor,
ha caído lo mejor
de los majos de Madrid...

Y a torrentes desbordada,
sin que el odio al fin se borre,
la sangre española corre
con la francesa mezclada!...

Parece que, sin querer
confundirse en tales ligas,
¡las dos sangres enemigas
aun combaten al correr!...

LA MAJA

Mas, ¿qué importa, que a torrentes
nuestra sangre haya corrido,
ni los majos que han caído
luchando como valientes,

si aun sobre el parque tremola,
vibrando al viento sonoro,
el sol de púrpura y oro
de la bandera española?...

Señalando la enseña que,
desgarrada por las balas, on-
dula sobre la puerta del
parque.

¡Contempladla desplegada,
altiva al viento flotar,

por las balas desgarrada,
orgullosa de mostrar

eternamente a la Historia,
entre torres y leones,
sus sangrientos desgarrones,
cual cicatrices de gloria!...

¡Santa bandera de España,
que a toda vileza extraña,
en medio de los clamores
de invencibles paladines,
entre un trueno de clarines
y un redoble de tambores,

desplegada, en son de guerra,
todo el mundo atravesaste,
y, cuando mezquina hallaste
para tu ambición la tierra,
en tu generoso anhelo
subiste al azul del cielo,
queriendo, altiva, encerrar
entre tus pliegues el sol,

para poder alumbrar
todo el imperio español!...

¡Tú eres, gloriosa bandera,
norte y luz de nuestros ojos;
el altar donde de hinojos
rezamos por vez primera;

el regazo maternal,
a cuya tibia ilusión
se abrió nuestro corazón
como si fuera un rosal;

y la cruz, severa y pura,
que con sus brazos abiertos
proteje la sepultura
donde yacen nuestros muertos!...

¡Por eso, al verte pasar,
entre las aclamaciones
y el estruendo militar
de los rudos batallones,

sentimos que por encanto
un ¡viva! a los labios sube,
y en los ojos una nube
que quiere estallar en llanto;

y hasta el corazón se para,
y se nos doblan las dos
rodillas, cual si pasara
la imagen viva de Dios!...

¡Contemplad cómo fulgura
su gloria al viento!... Parece
que de orgullo se estremece,
y a nuestro valor murmura:

—¡Sed, cual los bravos caudillos
que ilustraron mis blasones:
¡para resistir, castillos;
y para atacar, leones!...

Volviéndose impetuosamente a todos.

¡Jurad, con el alma entera,
que jamás planta extranjera
ha de hollar la tierra santa
donde, altiva, se levanta
nuestra gloriosa bandera!...

¡La vida por ella dad,
que entre sus pliegues morir
es lo mismo que vivir
para la inmortalidad!...

Todos tienden los brazos,
en un clamor frenético, ha-
cia la bandera.

TODOS

¡Viva España!...

ESCENA II

Dichos y el teniente Ruiz, que penetra por el fondo, con la espada desnuda.

TENIENTE RUIZ

La pelea
de nuevo vuelve a empezar!...

BENITA PASTRANA

Corriendo a sus brazos.

¡Jacinto!...

TENIENTE RUIZ

Dolorosamente sorprendido.

¡Qué loca idea,
la de venirme a buscar!...

BENITA PASTRANA

Con ternura.

¡Perdóname!... No he podido
esta inquietud resistir,
y aquí, a tu lado he venido,
para vencer o morir!...

¡No amenguaré tu valor!...
¡Si te es adversa la suerte,
para que venga tu muerte,
Dios dará fuerza a mi amor!...

TENIENTE RUIZ

A los majos que lo cercan.

Les acaban de llegar
refuerzos a los franceses,
y los pasados reveses
se aprestan a castigar.

Tienen las calles tomadas
por lucidos escuadrones,
y hacia esta puerta enfiladas
las bocas de los cañones!

¡Por todas partes cercados
estamos, por los soldados
del dominador de Europa!...
¡No esperéis que nadie acuda
que, acuartelada, la tropa
no puede darnos su ayuda!...

Solos vamos a luchar...
¡Imposible es la victoria;
pero ya que no triunfar,
sepamos morir con gloria!...

Tomando una bandera y
agitándola al viento.

¡Vuelve en mi mano a lucir
nuestra gloriosa bandera,
y que me siga el que quiera
entre sus pliegues morir!...

TIO MALASAÑA

¡Todos, con la frente erguida,
como leones luchando,
por España y por Fernando,
sabremos perder la vida!

DON MIGUELITO

La muerte no nos ataja...
¡Qué orgullo para el que muera
sirviéndole de mortaja
las glorias de esa bandera!...

TENIENTE RUIZ

¡A las armas!... Y yo espero
que dé vuestra bizarría,
a España un glorioso día
y un ejemplo al mundo enterol...

DON MIGUELITO

Saliendo con los chispe-
ros y los majos, que cercan
al teniente Ruiz.

¡Qué importa la negra suerte
que hoy en vencernos se ensaña,
si al grito de ¡viva España!
vamos a entrar en la muerte!...

Salen por el foro, mientras
resuenan a lo lejos los cla-
rines franceses anunciando
el ataque.

MANUELA MALASAÑA

A las majas.

¿Por qué suspensas estáis?...

Resuena una descarga.

¡El combate ya ha empezado!...

Todos se dirigen al fondo.

TIO MALASAÑA

Deteniéndolas.

Muchachas, ¿adónde vais?...

LA MAJA

¡A luchar a vuestro lado,
para que mire esa grey
cómo mueren en la lid
las mujeres de Madrid
por su patria y por su rey!...

Resuenan nuevas descargas. Por el hueco del arco, entre el polvo y el humo de la pólvora, se adivina con toda su grandeza la gloriosa epopeya de la calle. El tío Malasaña desaparece entre los combatientes. El grupo de majas se detiene, un momento, en el centro de la escena.

ESCENA ULTIMA

Dichos, Don Miguelito, y después el teniente Ruiz.

DON MIGUELITO

Que penetra, con el fusil roto, dirigiéndose a las majas.

¡Huid, que todo se ha perdido!...
¡Al pie de nuestros cañones,
Daoiz y Velarde han caído
luchando como leones!

Las mujeres gritan. Don Miguelito toma un nuevo fusil y sale, encontrándose en la puerta con el teniente Ruiz.

TENIENTE RUIZ

Desde el arco, transfigurado por el heroísmo, con la espada en la diestra y una tea llameante en la otra mano.

¡A paso de carga sube
por la calle un batallón!...
¡Pronto, arrastrad un cañón,
que él disipará la nube
que nos está amenazando!...

La Maja, Manuela Malasaña, Benita Pastrana y otra maja, lívidas y desgredadas, empujan un cañón hacia el hueco de la puerta. Cuando el teniente Ruiz va a aplicar la mecha, una nueva descarga le hace rodar por tierra. Benita Pastrana lanza un grito, y corre a ampararlo.

LA MAJA

Queriendo incorporarle.

¿Qué es eso, teniente?... ¡Arriba!...

Algunos majos se acercan a socorrerle.

TENIENTE RUIZ

A los hombres.

¡Muchachos, seguid luchando!...
¡Viva España!...

Se desploma desmayado
en brazos de Benita.

TODOS

¡Viva!... ¡Viva!...

Por el fondo de la calle se
ven los morriones de los granaderos franceses.

LA MAJA

Contemplando un instante al teniente Ruiz, sobre cuyo cuerpo inanimado solloza Benita Pastrana.

¡Oh, alma temeraria y fiera,
que vencida por la muerte
caíste al pie de tu bandera!...
¡Yo sabré vengar tu muerte!...

En un arranque de fiera-za, arrebatando de la mano del teniente Ruiz la tea encendida. Los majos que se agrupan bajo el arco se apartan, y a lo lejos, en el fondo de la calle, se ven las avanzadas del ejército francés.

¡Todo el odio que encendido
ruje en nuestro corazón,
en metralla convertido
derrama, viejo cañón,
sobre esa tropa arrogante
que con nosotros se ensaña!...

Aplica la mecha al cañón.
El cañón atruena, y entre
el humo de la pólvora y el
resplandor rojizo del dis-
paro, se ve la figura trágica
y bella de la Maja, señalan-
do con la tea, aún humean-
te, el campo de batalla.

¡Madrileños, adelante!...
¡Viva España!... ¡Viva España!...

Entre los vivos ensorde-
cedores de la multitud des-
ciende rápidamente el telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Un claro del bosque en la Montaña del Príncipe Pío. Al fondo, tras el paisaje agreste que amortaja en un silencio trágico la obscuridad de la noche, la confusa y lejana silueta de la ciudad. A la izquierda el comienzo abrupto de un bosque. A la derecha, la tosca fachada de una casa rústica, en cuya puerta se tambalea siniestramente la luz rojiza de un farol.

ESCENA PRIMERA

El sargento Fournier y José Leblanc, conversando en el primer término de la derecha. Un centinela, en la puerta de la casa, y otro, en el practicable del fondo.

FOURNIER

¡Si ha sido sangrienta y ruda
la revuelta popular,
el castigo fué, sin duda,
más duro y más ejemplar,

que hasta la noche está muda
de espanto, y de horror se asombra,
viendo la tragedia inmensa
que sus pavores condensa
en el pavor de su sombra!..

Cayó la turba, indefensa;
y entre las charcas del suelo
se ve la sangre humear,
como si en su desconsuelo
a Dios se quisiera alzar,
clamando venganza al cielo!...

¡Ya de tanto fusilar,
a mansalva y en montones,
por esos verdes pensiles,
en las manos varoniles
se enrojecen los cañones
de nuestros viejos fusiles!...

Se cobra con avaricia,
y tal rigor, en verdad,
mucho más que a la justicia
se parece a la crueldad!...

Murat es altivo y fiero,
y en su amor a la matanza,
bien se advierte y bien se alcanza
que es hijo de un carnicero!...

JOSE LEBLANC

¡De él piedad no hay que esperar,
que es duro su corazón!...
¡Con razón Napoleón
le eligió para domar
la altivez de esta nación!

¡Y su rigor no me extraña,
que en diez años de campaña
recorrí la Europa entera,
y no hallé gente tan fiera
como la gente de España!...

¡Pues todo el que la luz ve
sobre esta tierra florida
de toros y autos de fe,
tanto ama la muerte, que
pierde, riendo, la vida!...

FOURNIER

¡Ayer se vió lo que era
esta raza altiva y fiera,

que en la contienda bravía,
al expirar, sonreía
abrazada a su bandera!...

¡Cayeron como racimos,
con tal brío, que sentimos
por su suerte compasión,
y a veces, de admiración,
hasta el fuego suspendimos!...
¡Y sé de algún veterano
que, al ver estrellarse en vano
tantos heroicos arrojos,
con el dorso de la mano

llegó a enjugarse los ojos;
y tirando bruscamente
la mecha, dobló la frente,
prefiriendo así acabar
primero que disparar
contra un pueblo tan valiente!...

LEBLANC

¡Por ser tanto su valor
y tan grande su denuedo,

debemos con tal rigor
tratarle, que amanse el miedo
las furias de su rencor!...

FOURNIER

¡Mas es rigor singular,
propio sólo de las fieras
del desierto, el fusilar
a una mujer por llevar
en el seno unas tijeras!...

LEBLANC

¡Esa es la guerra!...

FOURNIER

¡Prefiero,
a fusilar traicionero

al noble pueblo español,
relampagueante el acero
bajo la gloria del sol

que nuestros triunfos pregona,
batir en Rusia cosacos,
o acuchillar austriacos
como en el puente de Ancona!...

¡Que así, si caigo en la empresa,
expiraré sin rubores,
envuelto en los tres colores
de la bandera francesa!...

ESCENA II

Dichos y un soldado francés que penetra por el fondo.

SOLDADO

Cuadrándose ante Fournier.

¡Sargento mayor!...

FOURNIER

Volviéndose.

¿Qué pasa?...

SOLDADO

Señalando al practicable
del fondo.

¡Nuevos presos!...

FOURNIER

Avisad
al capitán, y sacad
a la puerta de esa casa
cuatro sillas y una mesa!...
¡Encended otra farola!...

El soldado penetra en la
casa a cumplir las órdenes.

CENTINELA

Del fondo, a la patrulla
que se acerca custodiando a

la maja, Benita Pastrana,
Juan Malasaña, el Abate Vi-
llanueva, Don Miguelito y
algunos majos.

¿Quién vive?

UN SOLDADO DE LA PATRULLA

¡Gente francesa!...

JUAN MALASAÑA

Con altivez.

¡Y también gente española!...

¡Que no es justo, vive Dios,
que a la francesa nombréis
tan solo, cuando sabéis
que venimos de las dos!...

ESCENA III

Dichos, la Maja, Benita Pastrana, El Abate Villanueva
Juan Malasaña, D. Miguelito y algunos majos, presos,
custodiados por una patrulla de granaderos, mandada
por un oficial, que avanza hasta el centro de la escena.

LEBLANC

Imponiendo silencio a Ma-
lasaña.

¡Silencio!... ¡No hablad tan fuerte!...

MALASAÑA

Con arrogancia.

¡Si mi palabra os sofoca,
podéis sellar esta boca
con el plomo de la muerte!...

ABATE VILLANUEVA

Con serenidad.

¡Callad, tío Malasaña!...
No es hora de discutir,
sino de saber morir
cual nobles hijos de España;

sin rabias y sin enojos,
con profunda devoción,
en Dios clavados los ojos
y en la patria el corazón...!

Se hace un silencio profundo. Los soldados colocan una mesa y cuatro sillas en la puerta de la casa. En el umbral aparecen el capitán Lafevre y dos oficiales, precedidos de un soldado con una farola, que coloca sobre la mesa. Los soldados se cuadran ante los oficiales. El capitán Lafevre se sienta en el centro de la mesa, cercado de los oficiales.

ESCENA ULTIMA

Dichos, el capitán Lafevre y dos oficiales.

LAFEVRE

Al oficial que manda la
patrulla.

¡Que los reos se aproximen!...
¿Cuántos son?...

OFICIAL

Entregándole un rollo de
papel.

Siete...

Aquí están
pruebas que atestiguarán
la magnitud de su crimen!...

El oficial, a una indicación del capitán, se sienta a su lado. Los siete prisioneros avanzan, colocándose ante la mesa.

LAFEVRE

Después de hojear el proceso, con voz grave y dura, a los prisioneros.

Se os acusa aquí de ser
reos de lesa traición...

ABATE VILLANUEVA

Serenamente.

¡Si es un crimen defender
los fueros de la nación

que guarda, como trofeos,
las glorias de nuestras gentes,
todos los aquí presentes
de ese crimen somos reos!...

Nuevo silencio, durante el
cual el capitán vuelve a ho-
jear el proceso, y un oficial
escribe.

LAFEVRE

Alzando la frente.

A un sacerdote, llamado
el abate Villanueva,
se le acusa, con la prueba
testifical de un soldado,

de haber clavado su acero
al cuello de un coracero
que, caído del corcel,
próximo a morir, primero
quiso confesar con él!...

ABATE VILLANUEVA

Adelantando un paso del grupo.

Es cierta la acusación;
mas una equivocación
mi memoria en ella advierte...
¡Primero le di la muerte,
y después la absolución!...

Se vuelve al grupo.

LAFEVRE

Leyendo.

Un majo anciano, llamado
Juan Antonio Malasaña,
está también acusado
de haber en esta campaña,
por la espalda, asesinado
a un coracero francés!...

JUAN MALASAÑA

Interrumpiéndole.

Ese testimonio miente
en todo, capitán, pues
no fué uno, fueron tres,
¡y los maté frente a frente!...

LAFEVRE

Volviendo a leer.

Otro: Miguel de Alarcón...

DON MIGUELITO

Interrumpiéndole, con toda
la cortesía de un petimetre.

Permitidme: Don Miguel...
¡No me suprimáis el don,
que quiero morir con él!...

El fué la mejor herencia
que guardo de mis abuelos,
y si pierdo la existencia
quiero ir con don a los cielos!

LAFEVRE ·

Pues bien, señor don Miguel
de Alarcón, sois acusado
de haberos visto inclinado,
en la calle de Amanuel,
sobre un oficial caído
que se desangraba herido,
con la intención de robarle...

DON MIGUELITO

Con fiereza.

¡Mienten!... ¡No soy un ladrón!...
¡Me incliné para arrancarle
mi espadín del corazón!...

¡Le tiré con tal anhelo,
que después de atravesar
su cuerpo, se fué a clavar
aun más de un palmo en el suelo!...

¡No extrañad que su hoja fuera
a un tiempo tan firme y rara,
que ni al herir se curvara
ni al clavarse se partiera,

pues con bizarro denuedo
forjaron sus férreos trazos,
a fuerza de martillazos,
sobre un yunque de Toledo!...

¡Pues lo mismo que ese acero,
que a nadie su temple inmola,
es el orgullo altanero
de la firmeza española!...

LAFEVRE

Leyendo de nuevo.

Benita Pastrana Albar.
Se le acusa de guardar
escondida en su morada
una bandera arrancada
del Parque, y al intentar
un registro, altiva y fiera,
fuego a la casa prendió
para salvar la bandera...

LA MAJA

Interrumpiendo, en un
arranque de generosidad,
para salvar a su amiga.

¡No fué ella!... ¡He sido yo!...
¡Yo fuí culpable!... ¡Yo sola!...
¡Y el mundo entero quemara
antes que un francés hollara
la noble enseña española!...

LAFEVRE

Atajándola.

¡Silencio!...

Dirigiéndose a Benita Pastrana.

¡Que la acusada
responda!... ¿Es cierto?...

BENITA PASTRANA

Como quien despierta de
un sueño.

¡Es verdad!...

LA MAJA

A los franceses.

¡No escuchadla!... ¡Está ofuscada!...
¡Perdió la razón!...

LAFEVRE

Con imperio, a la Maja.

¡Callad!

BENITA PASTRANA

Adelantándose.

¡Por Dios juro que yo he sido!...

Volviéndose, implorando
a la Maja, que intenta de-
tenerla.¡No insistas más, por favor,
que al mentir diera al olvido
el ejemplo de mi amor!...¡Amor que mi orgullo era
y que se llevó en la caja



al morir, mi vida entera,
sirviéndole de mortaja
las glorias de su bandera!...

Rendida por la emoción,
va a desplomarse. Don Mi-
guelito y el Abate la sostie-
nen.

LAFEVRE

Volviendo a leer.

Una maja, cuyo nombre
en todo el barrio se ignora...

La Maja se adelanta.

¿Cómo os llamáis?...

LA MAJA

No os asombre
que oculte mi nombre ahora,

porque quiero en esta empresa
bajar a la sepultura
como una víctima obscura
que la barbarie francesa
a sus rencores inmola...

LAFEVRE

Mas, ¿sois dama principal?...

LA MAJA

Con orgullo.

¡Dama o maja, me da igual,
con tal de ser española!...

Si mi capricho os extraña,
y darme un nombre queréis,
al sentenciarme podéis
ponerme por nombre ¡España!...

¡Sin que mi orgullo os asombre
podéis España escribir!...
¡Bien puede llevar tal nombre
quien va por ella a morir!...

Y, en fin, señor capitán,
como falsas pueden ser
las noticias que aquí os dan,

Señalando al pliego.

yo misma quisiera hacer
de mis culpas relación...
¿Vuestra gente me ha acusado
de haber, ayer, disparado
en contra suya un cañón?...

LAFEVRE

¡Tenéis razón! Ese es
vuestro crimen...

LA MAJA

¡Por el cielo,
señor capitán francés,
que no es crimen, que en su anhelo
de mirar su patria ilesa,
callar haga una manola
a la metralla francesa
con la metralla española!...

OFICIAL

¡Silencio!...

LA MAJA

¡Pronto concluyo!...

LAFEVRE

¡Es un crimen!...

LA MAJA

¡Me da igual!...

¡De ese crimen, con orgullo
me declaro criminal!...

Sé que vais a condenarme,
y el fallo tranquila espero,
que si por España muero,
España sabrá vengarme!...

Momento de silencio y expectación, durante el cual los oficiales cuchichean entre sí, comentando el fallo con un encogimiento de hombros.

LAFEVRE

Alzándose.

Interrogados los reos,
y no encontrando, a pesar

de nuestros buenos deseos,
razones que atenuar
pudieran su proceder,
los siete son condenados
sin más trámites, a ser
por traidores fusilados!...

LA MAJA

Con impetu.

¡Traidores, los que, villanos,
con máscara de amistad,
se acogieron como hermanos
a nuestra hospitalidad;

y como tales, sin tino
nuestra mesa compartieron
y de nuestro pan comieron
y bebieron nuestro vino,

en tanto que sus rencores
ocultaban bajo flores

de mentidas hermandades
que sinceras parecían,

los hierros con que querían
atar nuestras libertades,

para ofrecer nuestro honor
sin defensa encadenado,
como un león enjaulado,
a su altivo emperador!...

¡Traidores, los que mirando
al pueblo inerme en la lid,
lo fueron ametrallando
por las calles de Madrid;

y con cruel felonía
que al mismo crimen asombra,
por miedo a la luz del día,
los fusilan en la sombra!...

Y si tras tantos horrores,
aun pretendéis ser leales,

nosotros, por ser mejores
y no ser vuestros iguales,
preferimos ser traidores!...

LAFEVRE

A los soldados.

¡Soldados, la ley cumplid!...

JUAN MALASAÑA

A los soldados, que los
empujan hacia el bosque de
la izquierda.

¡Tengan paciencia, y esperen,
que ya verán cómo mueren
los chisperos de Madrid!...

Los soldados los empujan
hacia el segundo término de
la izquierda, bajo el maci-

zo de la arboleda. Después retroceden algunos pasos, quedando en la actitud en que los ha inmortalizado el pincel de Goya en su cuadro de los fusilamientos.

BENITA PASTRANA

Enloquecida de dolor.

¿No hay nadie que me sostenga
en esta noche de horror?...

Don Miguelito la ampara
en sus brazos.

LA MAJA

Alzando los puños al cielo.

¡España, a tus hijos venga,
que a morir van por tu amor!...

En el grupo, algunos se retuercen de ira, otros muestran el puño crispado a los franceses.

ABATE VILLANUEVA

Con profundo recogimiento, señalando con los ojos al cielo.

¡Purifícanos, Señor,
en tus divinos crisoles!...

Todos se arrodillan.

¡Rezad en silencio, hermanos!...
¡Luchamos como españoles!...
¡Muramos como cristianos!...

Pequeña pausa, en la que sólo se sienten el amartillar de los fusiles y el abejo santo y milagroso de las plegarias. Algunos franceses vuelven el rostro, emocio-

nados de la grandeza trágica del cuadro, y en más de una mano tiembla el fusil.

ABATE VILLANUEVA

Alzándose, y bendiciendo a sus compañeros.

¡Os absuelvo y que Dios luego en su piedad nos reciba!...

OFICIAL

Con voz trémula, marcando con la espada los tres golpes, al primer pelotón de soldados.

¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!...

LOS PRISIONEROS

Al sentir la descarga, en un clamor frenético.

¡Viva España!... ¡Viva!... ¡Viva!...

Algunos caen ensangrentados bajo el macizo de la arboleda.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

CUADRO SEGUNDO

Estudio de Goya, en su quinta a orillas del Manzanares. Al fondo un amplio ventanal, por cuyo hueco han de verse los paisajes primaverales de las riberas del río, iluminados por la luz gloriosa de una mañana de Mayo. En el ángulo de la izquierda, un diván verde, con almohadones blancos. Frente al diván, casi en el centro de la escena, un gran caballete con el lienzo de *La Maja*

vestida, vuelto hacia el fondo, para recibir mejor la luz del ventanal. A izquierda y a derecha, puertas. En las paredes, cuadros, tapices, aguas fuertes y dibujos, reproduciendo la obra maravillosa del gran artista. Por la escena armas, arcones antiguos, sillones frailunos, cosas bellas y artísticas. En el primer término, una mesita con libros, y junto a ella, dos sillones de cuero de Córdoba.

ESCENA PRIMERA

Pedro Romero y el doctor Galíndez, conversando junto a
la mesa del primer término.

PEDRO ROMERO

La herida, ¿es de gravedad?...

DOCTOR GALINDEZ

La bala no se ha encontrado,
y el sitio en que se ha alojado
es peligroso en verdad,

pues una emoción violenta,
o algún movimiento fuerte,

de pronto, sin darse cuenta,
pueden causarle la muerte!...

Pequeña pausa. Se sientan.

PEDRO ROMERO

¡Pero qué alma tan entera!...
Apenas cobró el sentido,
a don Francisco ha pedido
que el retrato prosiguiera!...
Y en su estancia está, hace rato,
de su dolor olvidándose,
vistiéndose y ataviándose
para acabar el retrato,
cual si sintiera el temor-
de que su vida acabara,
antes que el lienzo ostentara
la firma del gran pintor!...

DOCTOR GALINDEZ

¿Y Goya?...

PEDRO ROMERO

Aunque a tal deseo
con firmeza se negó,
y disuadirla intentó,
en el vivo centelleo
de su mirar se veía
que su alma indómita y brava,
en sus ojos llameaba
de entusiasmo y de alegría!...

Los dos se levantan y se
dirigen a contemplar, desde
el fondo, el cuadro.

DOCTOR GALINDEZ

¡Bello cuadro!... ¡Qué portento
de dibujo y colorido!...
A través de ese vestido,
que tiembla al besarlo el viento,

adivinan codiciosas
nuestras pupilas serenas

desnudeces de azucenas
entre rubores de rosas...

Tiembla en lascivos asombros,
la ondulante cabellera,
como si se estremeciera
al acariciar sus hombros;

y son sus labios en flor
en una sonrisa presos,
como un desmayo de amor
en un éxtasis de besos!...

Su abandono, el centelleo
de su mirada infinita,
todo parece que grita
sin voz, a nuestro deseo

que anhela romper los lazos
en que su ansiedad le encierra
—¡Ven a gozar en mis brazos
todo el placer de la tierra!...

Soy el amor grande y fuerte,
fecundo al par que homicida,
que a veces nos da la vida
y a veces causa la muerte!...—

Jamás un pincel humano
expresó con más justeza
la alucinante belleza
y el encanto sobrehumano,

al par árabe y latino,
de la mujer española,
como Goya, en el divino
retrato de esa manola!...

De belleza el alma ungida
a su vista se estremece...
Un cuadro tal, bien merece
darle en ofrenda la vida!...

ESCENA II

Dichos y Don Francisco de Goya, que penetra por la
puerta de la izquierda.

DOCTOR GALINDEZ

Corriendo a abrazarle.

¡Goya!

GOYA

¡Querido doctor!
¿Qué tal la corte?...

DOCTOR GALINDEZ

Después
de tantas horas de horror,
¡como un cementerio es!...

Y en los hogares desiertos,
agobiado de tristeza,
todo Madrid llora y reza
por el alma de sus muertos!...

GOYA

¡No sufrid, amigo mío,
que el pueblo despertará
nuevamente, y con más brío
tanta sangre vengará!...

Esa paz es ilusoria,
y es falsa su postración:
¡tras el viernes de Pasión
vendrá el sábado de Gloria!...

¡Quizás nos llegó la hora
de ser lo que ser debemos;
y acaso, lo que creemos
que es crepúsculo, es la aurora
de un nuevo y glorioso sol
de grandeza y libertad,
que alumbre la inmensidad
del nuevo imperio español!

Esperanza hay que tener,
porque en esta tierra huraña,
¡jamás una planta extraña
ha logrado florecer!...

¡No perded la confianza,
que en la paz como en la guerra,
lo que ningún pueblo alcanza
lo consigue nuestra tierra!...

¡Tierra áspera, dura y sola,
que sobre ella no tolera
la sombra de más bandera
que la bandera española!...

PEDRO ROMERO

¡Qué patriotismo denota
vuestra profunda emoción!...

GOYA

¡Cómo no ser patriota
si he nacido en Aragón!...

DOCTOR GALINDEZ

¿Y la maja?...

GOYA

Vendrá presto,
que para el cuadro acabar
el lecho quiso dejar,
y por más que a ello me opuse

con su gusto se salió!...
¡Buen Galíndez, por el cielo,
que es digna la tal modelo
de un artista como yo;
porque en mi vida afanosa
nunca halló mi arte ambicioso,
en un cuerpo tan hermoso
un alma tan valerosa!...

Confidencialmente, bajan-
do la voz.

No os quisiera importunar...
Mas, decidme, ¿de qué suerte
la lograsteis arrancar
de las garras de la muerte?...

GOYA

Con Murat tengo influencia,
y apenas supe que estaba
presa, y que la existencia
por España se jugaba,

en busca de Murat fui,
y a la etiqueta insumiso,
en su estancia me metí,
aun sin pedirle permiso...
Por cierto, que para entrar,
como el paso me impidiera,
a un paje tuve que echar
rodando por la escalera!...

¡Y allí los dos, cara a cara,
con tal firmeza le hablé,
que al fin y al cabo logré
que su perdón me firmara!...

Todo Madrid recorrí
a la modelo buscando,
indagando y preguntando
hasta que con ella di,

en tan críticos momentos,
que ya la fusilería
con sus descargas, había
ensordecido los vientos.

La ejecución suspendí;
y a la luz amoratada
de una farola, postrada
entre los muertos la vi,
inmóvil y ensangrentada.

Herido un hombro tenía;
y la sangre que corría
en temblores carmesíes
por la herida estrecha y leve,
es un rosal de rubíes
deshojándose en la nieve!...

Pequeña pausa, durante
la cual Goya requiere la pa-
leta y los pinceles.

PEDRO ROMERO

Sonriente, con malicia.

¡Ya se lo advertí al pintor!...

GOYA

¿Qué advertiste?...

PEDRO ROMERO

Que creía
que la mano del amor
el retrato firmaría...

GOYA

Interrumpiéndole brusca-
mente.

¡Romero, los labios sella,
porque el amor, a mi edad,
o es crimen o es necedad!...

PEDRO ROMERO

Viendo aparecer a la maja
por la puerta de la derecha.

¡Silencio, que aquí está ella!...

ESCENA ULTIMA

Dichos y la Maja, que penetra ataviada y vestida como aparece en el lienzo inmortal, por la puerta de la izquierda, sostenida por dos esclavas mulatas. Todos acuden en su auxilio, ayudándole a reclinarse en el diván del fondo. Las esclavas se inclinan y desaparecen.

DOCTOR GALINDEZ

A la Maja, con cariñosa solicitud.

¿Qué tal?...

LA MAJA

Con voz débil, pero firme.

No siento el dolor
que me produce la herida,

sino vergüenza y furor
de ver mi patria vencida
a los pies del invasor!...

PEDRO ROMERO

Da al olvido ese pesar,
que los pasados reveses
ya los sabremos vengar...
¡Con rédito a los franceses
los vamos a hacer pagar
tanta sangre derramada!...

Animándola, mientras Goya
se dispone a pintar.

¡Conque alegre la mirada
y tus dolores aquieta,
que ya tiene preparada
D. Francisco la paleta!...

LA MAJA

Reclinándose trabajosa-
mente en el diván.

Y yo, ahogando mi dolor,
 con el rostro placentero
 encendido de rubor,
 para cumplirlas, espero
 las órdenes del pintor!...

Pedro Romero y Galíndez
 se retiran, volviendo a sen-
 tarse junto a la mesa del pri-
 mer término.

GOYA

A la Maja.

¡Vuelve tus ojos aquí!...

Reparando en la contrac-
 ción dolorosa del rostro.

¡Mas te puedes fatigar
 de estar reclinada así!...

LA MAJA

Disfrazando su dolor, con
 una vaga sonrisa.

¡Preocuparos de pintar,
y no os preocupéis de mí!...

GOYA

Contemplándola, mientras
pinta febrilmente.

Pues empecemos... Jamás
te contempló la mirada
tan bella como ahora estás
en el diván reclinada!...

Por tu indolencia, más bien
que maja fiera y arisca,
pareces una odalisca
en los ocios del harén!...

El dolor te hace más bella;
y aun la misma calentura
que en tus pupilas destella,
aumenta más tu hermosura,

pues el fulgor que desprende
hace tus labios más rojos,
y soles de fuego enciende
en la noche de tus ojos...

Como un mármol reluciente
ungido por el amor,
la palidez de tu frente
parece, bajo el negror
de las profusas guedejas,
que espera un beso inmortal
que calme su desconsuelo;
y es el arco de tus cejas
una ojiva, por la cual
se puede mirar el cielo!...

La Maja ahoga una queja
entre sus labios.

¿De qué te quejas?...

Queriendo ir a ampararla.

LA MAJA

Deteniéndole, con un gesto.

¡Aun cuando
el dolor me haga morir,
sin que os duela mi sufrir,
podéis proseguir pintando!...

¿Qué es la vida comparada
con el placer, vive Dios,
de mirarse retratada
por un pintor como vos?...

¡Seguid pintando sin prisas!...

GOYA

Para el retrato acabar
sólo falta matizar
el rosa de esas sonrisas
que florecen indolentes,
dando a las rosas agravios,
entre el blancor de los dientes
y el bermellón de los labios!...

LA MAJA

Palidísima, haciendo un
esfuerzo horrible para son-
reír vagamente.

Pues entonces, sonreiré,
de cariño estremecida,
y en mi sonrisa os daré
la última flor de mi vida!...

¡De esta vida que quisiera
para brindaros su olor,
ser la más fragante flor
de una eterna primavera!...

Pequeña pausa de desfa-
llecimiento, con la voz débil
y trémula como un suspiro.

Aunque tranquila me véis,
daos prisa en terminar,
si en ese lienzo queréis
mi sonrisa retratar,

que ya el corazón me advierte
que si no pintáis de prisa,
recogeréis mi sonrisa
de los labios de la muerte!...

Como desvariando, mientras Goya prosigue, en un arrebató de inspiración, pintando como un poseído.

¡¡Mi sonrisal!... Al sonreír
entre mis dientes la muerdo...
¡Es el único recuerdo
que mi alma os lega al morir!...

Se queda rígida e inmóvil, desplomada sobre el diván, con una vaga y dulce sonrisa casi imperceptible en los labios. Pedro Romero y el Doctor Galíndez, que han seguido con profunda ansiedad el diálogo anterior, acuden a socorrerla. Goya continúa, ajeno a todo, dando los últimos toques al retrato, poseído de la fiebre del arte.

PEDRO ROMERO

¡Desmayóse!... ¡No fué nada!...

Reconociéndola.

¡De nuevo la herida abierta!...

DOCTOR GALINDEZ

Volviéndose a Pedro Romero.

¡Mira!... ¡No está desmayada,
Pedro Romero, está muerta!...

Su frente y sus manos toca...
Son de hielo...

Bendiciéndola.

PEDRO ROMERO

Ya cumplió
su promesa, pues murió
con la sonrisa en la boca!...

GOYA

En un arranque supremo
de orgullo de artista, vol-
viendo el caballete para que
puedan contemplar el re-
trato.

¡No ha muerto, que aun viva, en esa
tela de luz y armonía,
a la muerte desafía!...

¡Si ella cumplió su promesa,
yo también cumplí la mía!...

¡En ese lienzo, mirad
cómo a sus plantas, sumisa,
se postra la eternidad!...

Contemplando el cadáver
de la Maja, a cuyo lado per-
manecen, de rodillas, Pedro
Romero y el doctor Galíndez.

¿Que ella ha muerto?...

Con la altiva soberbia de
un Dios que crea.

¡No es verdad,
que en pago de su sonrisa
le di la inmortalidad!...

Telón rápido.

FIN DE LA OBRA

ULTIMAS NOVEDADES RECIEN PUBLICADAS

FELIPE SASSONE

PESETAS

La Espuma de Afrodita. (Novela).....	3,50
La Princesa está triste... (Dramas y comedias).....	3,50
El miedo de los felices. (Dramas y comedias).....	3,50
El intérprete de Hamlet. (Dramas y comedias).....	3,50
La canción del Bohemio. (Poesías).....	3,50

ENRIQUE DE ALVEAR

De Sociedad. (Comedias rápidas).....	3,00
--------------------------------------	------

FERNANDO GIL MARISCAL

En Villabrávia. (Novela).....	3,00
-------------------------------	------

R. CANSINOS ASSENS

La nueva literatura. (Estudios críticos, 1898-1900-1916). (Dos volúmenes). Uno.....	3,50
---	------

«EL CABALLERO AUDAZ»

El Pozo de las Pasiones. (Cuentos).....	3,50
Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (1. ^a serie).....	3,50
Lo que sé por mí. (2. ^a serie).....	3,50
Desamor (2. ^a edición).....	3,00
La virgen desnuda.....	3,00
El Breviario de Blanca Emeria.....	3,00
El libro de los toreros.....	2,00

JUAN GÓMEZ RENOVALES

Mujeres desnudas. (Historias íntimas de mujeres
conocidas). (Prólogo de D. Jacinto Benavente)... 3,00

ALBERTO GHIRALDO

Carne doliente. (Cuentos argentinos)..... 3,50

De venta en todas las librerías de España y América

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

FRANCISCO VILLAESPESA	PESETAS
La Maja de Goya. (Drama inédito).....	3,50
Judith. (Tragedia en tres actos).....	1,50
Paz. (Poesías).....	3,50
A la sombra de los cipreses. (Poesías).....	3,50
Prosas.....	1,50
Andalucía	1,50

FELIPE SASSONE

Los ausentes. (Dramas y comedias)	3,50
---	------

MANUEL A. BEDOYA

La feria de los venenos. (Novela).....	3,00
--	------

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Mis viajes por Europa. (Dos volúmenes). Uno.....	1,50
Confesiones de artistas. (Dos volúmenes). Uno.....	1,50
Novelas.. ..	1,50

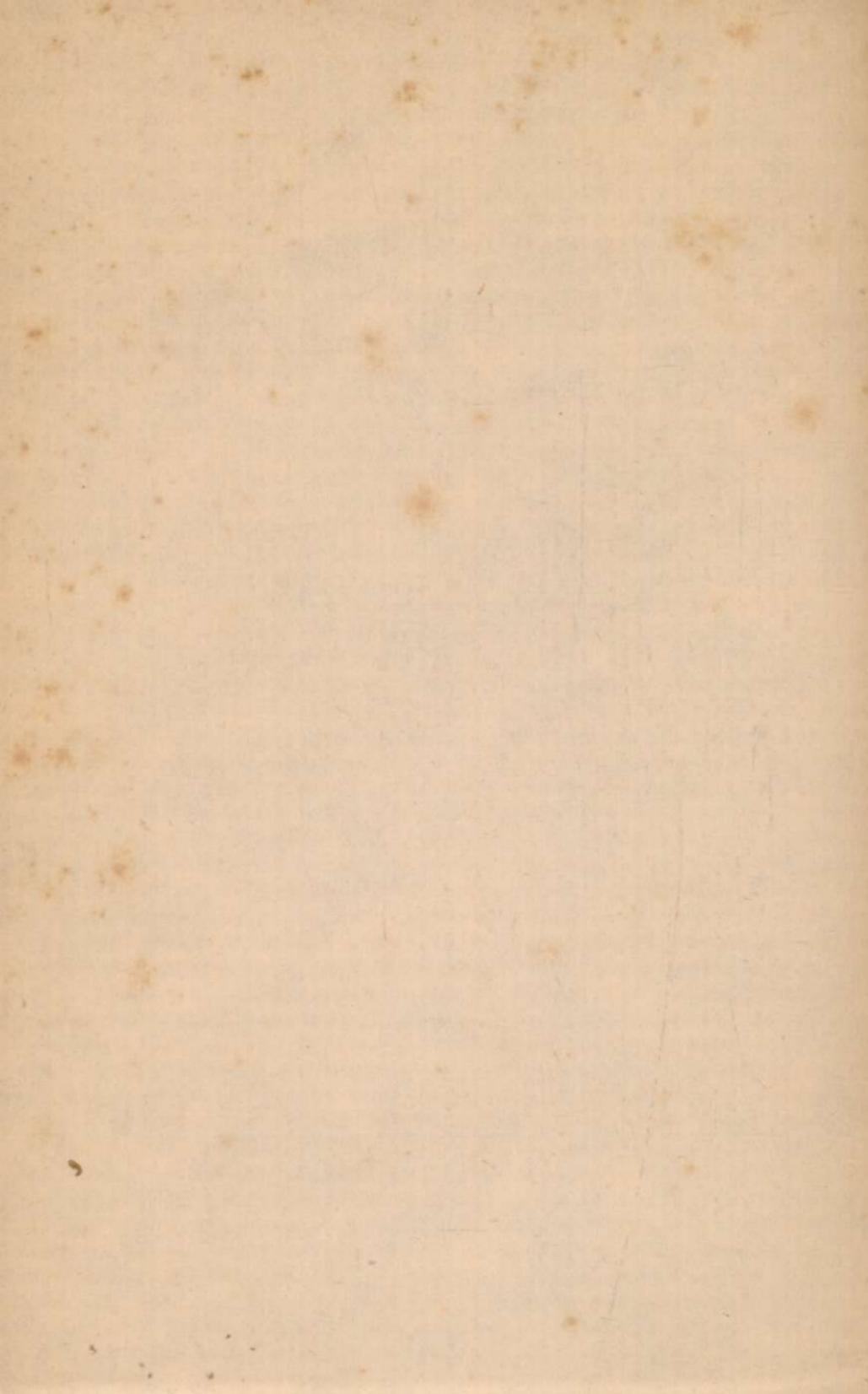
«EL CABALLERO AUDAZ»

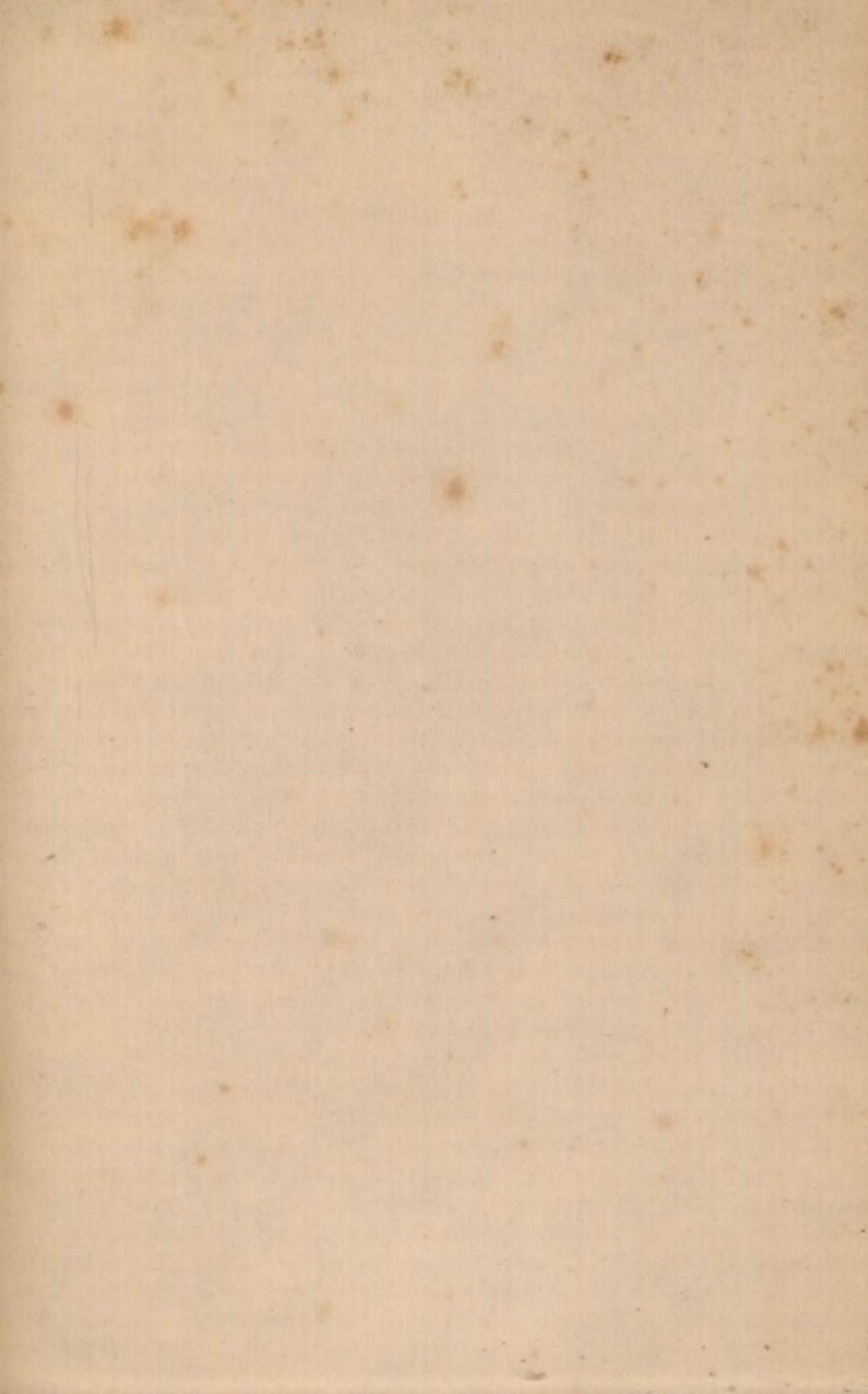
Lo que sé por mí. (Interviús con celebridades contemporáneas) (3. ^a serie).....	3,50
Id. (4. ^a serie).. ..	3,50
Id. (5. ^a serie).....	3,50

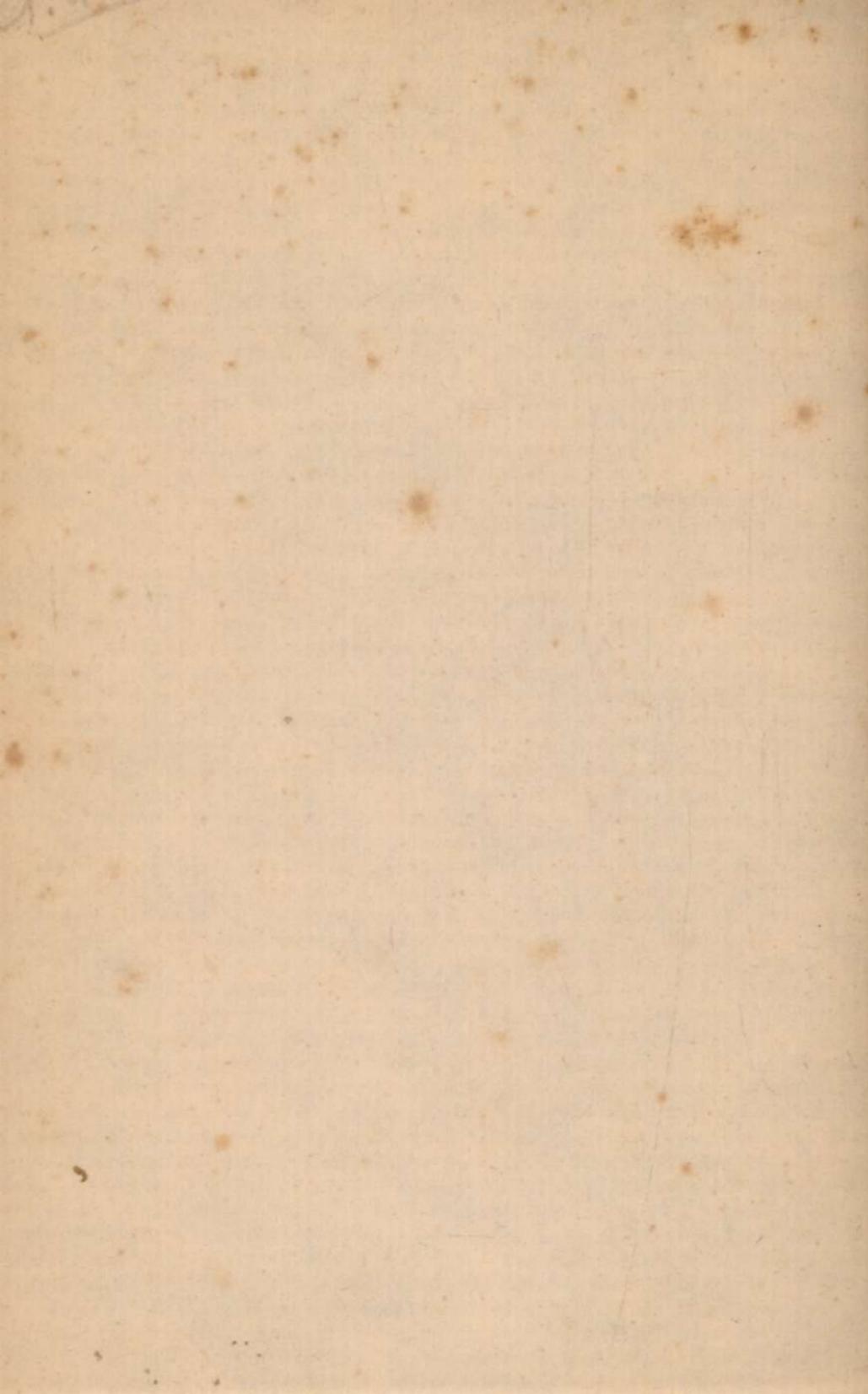
MADRID

V. H. DE SANZ CALLEJA.—EDITORES

Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.









PROPIEDAD
LITERARIA



1226

NO. 100

1875





